

INDICE.

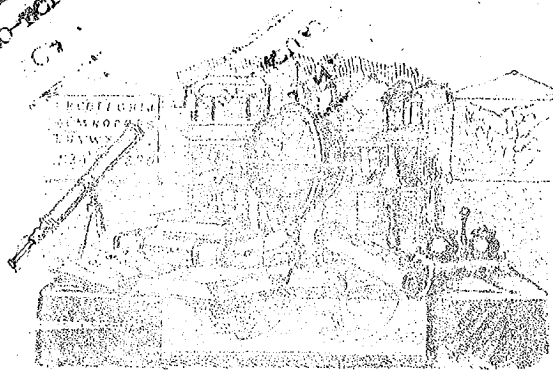
Abelardo Iturralde.G.— Dos vuel- tas en una al rededor del mundo.	Quito.	1899.
Abelardo Iturralde G.— El terre- moto de Riobamba de 1797.	Quito.	1911.

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº _____	AÑO _____
PRECIO _____	DONACION _____

DOS VUELTAS EN UNA AL REDEDOR DEL MUNDO

VILLE IMAGINARIO
EN SENTIDO OPUESTO AL MOVIMIENTO DE ROTACION

ABELARDO ITURRALDE G.



QUITO — 1899

Imprenta de la Universidad Central, por J. Sáenz R.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

DEDICATORIA

Biblioteca Nacional

Á LOS MUY DISTINGUIDOS MIEMBROS DE LA COMISIÓN GEODÉSICA
SEÑORES CAPITANES
EUGENIO MAURAIN Y JUAN LACOMBE

Al dar á luz el presente artículo, que no es sino un capítulo entresacado de una obrita inédita original mía, me propongo manifestar el entusiasmo con que los ecuatorianos hemos recibido, en el seno de nuestra sociedad, á los ilustres emisarios de una de las corporaciones sabias del mundo. Sé muy bien que el actual trabajo, aunque contiene verdades positivas, se halla lejos de la perfección: la benevolencia de mis compatriotas únicamente podrá cooperar en el tributo de este homenaje.

Y no se crea que los sentimientos míos nazcan de fingida modestia, nó. Ellos nacen de la convicción sincera de mi completa insuficiencia ante los hombres sabios, honra y prez de las naciones felices.

Vosotros, pues, Señores Juan Lacombe y Eugenio Maurain, acostumbrados á explayar las ideas en las altas regiones de la ciencia, sabréis apreciar la idoneidad que halléis en este pequeño folleto, el cual gustoso os dedica un ecuatoriano.

Abelardo ITURRALDE G.

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE.



MINISTÈRE
DE LA GUERRE

ÉTAT-MAJOR DE L'ARMÉE

SERVICE GÉOGRAPHIQUE

SECTION DE GÉODÉSIE

TRAVAUX SUR LE TERRAIN.



Guayaquil, le 21^{er} 1899.

Brigade de le Capitaine Maurain Commandant
la Mission géodésique de l'Equateur à
Monsieur Abelardo Iturralde,
à Quito.

Cher Monsieur:

Nous avons lu avec le plus grand intérêt, le Capitaine Lacombe et moi, l'intéressant opusculé "Dos vueltas en una al rededor del Mundo", que vous avez eu l'aimable attention de nous envoyer.

L'idée qui en constitue le fond et qui vous permet de faire rétrograder le temps d'une manière si ingénieuse, les descriptions si vivantes et si colorées des contrées dans lesquelles vous conduisez vos lecteurs en font une œuvre très-digne d'appeler et de retenir l'attention.

Nous vous remercions bien vivement d'avoir placé nos noms en tête de votre ouvrage: ce sont ceux d'admirateurs sincères de votre belle et généreuse patrie.

Recevez, cher Monsieur, l'assurance de nos meilleurs sentiments.

E, Maurain.

Traducción.

REPÚBLICA FRANCESA.

MINISTERIO DE GUERRA

ESTADO MAYOR DE LA ARMADA

SERVICIO GEOGRAFICO

SECCION DE GEODESIA

TRABAJOS SOBRE EL TERRENO.

Guayaquil, Noviembre 24 de 1899.



Brigada del capitán Maurain que comanda la
Misión geodésica del Ecuador, al señor
Abelardo Iturralde.

Quito.

Querido señor:

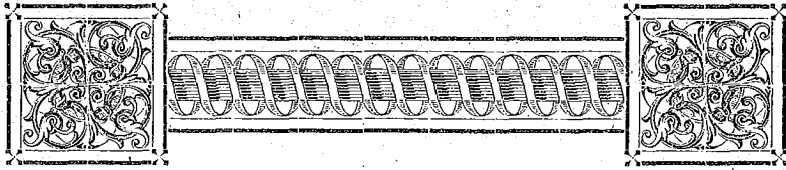
El capitán Lacombe y yo hemos leído, con la más grande avidez, el interesante opúsculo "Dos vueltas en una al rededor del mundo" que ha tenido Ud. la amable atención de enviarnos.

La idea que constituye el fondo y que le permite hacer retrogradar el tiempo de una manera tan ingeniosa, las descripciones tan vivas y colorativas de las comarcas por las cuales conduce Ud. á sus lectores, la hacen una obra muy digna de llamar y de retener la atención.

Nosotros le agradecemos efusivamente por haber colocado nuestros nombres en el encabezamiento de su trabajo: somos los admiradores sinceros de su bella y generosa patria.

Reciba, apreciado señor, la seguridad de nuestros mejores sentimientos.

Eugenio Maurain.



LECCION UNICA

DE LOS SÚCESOS VERIDICOS QUE IMPRESIONAN EN DOS VUELTAS, MUY
HACEDERAS POR NO SER MAS QUE UNA, AL CONTORNO DE LA TIERRA
EN 24 HORAS



Sepamos de lo que se trata: ¿O hánse violado los lindes temerosos impuestos á la humanidad, embarcando la pesadumbre corporal en aeróstatos y máquinas de volar con dirección dada, sometiéndose al poder de un sabio burión, quier de un duende, ó se nos arranca de cuajo el alma del cuerpo para emprender tamaña empresa entre incubos y súcubos? Pues ¡montas! habéis de saber que, por ser todo ello inverosímil, sin nada de eso vamos á distraernos y rodear al mundo en compañía de vosotros, valentísimos lectores, con quienes nos hubo topado la fortuna. La idea es un destello de la Divinidad á quien no hay viento que la contenga, ni hambre que no la sacie, ni fatiga en que no descanse; por ende, no ha menester vehículo ni ir proveida de aderezo de observatorio, sino de constancia para concluir lo que se propone: no tomando en cuenta penalidades, fatigas y peligros cuando se trata de averiguarlo todo; héroes de la curiosidad, de lo desconocido, de lo inédito; intrépidos observadores, vamos á estudiar un ensayo de las peripecias que pueden sobrevenir en tal excursión aérea, más que si fuera entre las balas, en el fragor

de horrendos cataclismos, y, á registrar sus crónicas al ruido, sinó del cañón, de los ecos terribles de la naturaleza.

Sin más, echémonos por el atajo: ea, comenzamos á ascender con la campanada de las 12 de la noche del 9 de Agosto de 1902, cuando principia el día civil 10, fecha memorable que así la queremos festejar. En este momento más alto, en el cual partimos para el Oeste, la desembózada Luna se halla, á las inmediaciones del zenit, entre las estrellas τ (tau) y σ (sigma) de Sagitario (*)

No hay mas que imaginarse... y al penetrar en los espacios el pecho se cierra como con cerrojo; el corazón se aprieta, no late; sutil huracán hace un ruido inmenso, colosal, indescriptible y cuela el estómago. Empero, qué entrañas extraña la idea?

Ya estamos á una grande altura de la bella Quito que, con sus largas procesiones de atizadas lámparas eléctricas, en la mitad de las sombras, se aleja reclclinada entre las oquedades de los Andes. ¡Adiós lares queridos!... Empieza á resbalarse el mundo con su meco formidable hacia el Oriente. ¿Bajamos? viceversa, subimos sueltamente muy por encima de las cumbres; peor, volamos arrebatados sobre el campamento, el cual sirvió de arena á los atletas de la Independencia á las órdenes de Sucre, y no poca sangre ha bebido el suelo que están ludiendo nuestras plantas con una velocidad de 55 kilómetros $\frac{5}{9}$ por minuto, siendo solos 27 kilómetros $\frac{7}{9}$ los bogados por la voluntad en ese tiempo. La terrible ventolera desencadenada en contra es capaz de destruir los pueblos, de arrancar de raíz las selvas, de devastar las playas y dar fin con nosotros. No obstante, suavemente llevados por la rotación de la Tierra miramos, hacia el Setentrion, los extensos páramos del Pichincha; sus picachos arrebozados á media talla con las nieblas, casi negros por la escasa luz, son gigantes enmascarados que excitan los nervios, acometen con ímpetu y causan pánico; acá desquebrajadas y fragosas breñas, cañadas y laderas tiran para las montañas occidentales.

¡Y en cuánta expectación y profundo deliquio se absorbe la mente al considerar que abajo hay una calma sepulcral que todo lo ha adormecido con su soberano hipnotismo! El

(*) En Agosto de 1902 tendrá lugar la oposición el día 12.

valle del Pilatón tiene sombras intensas; sombras y más sombras se desflechan. ¿Qué hemos subido pues á ver? Pasado el último escalón andino en su remate de espinazo ensillado, alzad los ojos: se ostenta la naturaleza integérrima en su face más sublime, al frente, á diestra y siniestra el horizonte ofuscado completamente con la barda, no se sabe donde deslinda las dos inmensidades: de un sombrío azul turquí con manchas como lagunas, la una; de un amarillento azul celeste tachonada de estrellas, que contiene prendida á la reina de la noche, la otra. Reconocemos á Altair de la constelación del Aguila, á Vega de la Lira, á Antares del Escorpión.

Nos cernimos ya, sin duda, sobre Manabí, perdido tras una cortina de nubes que se interpone, cual si ellas solieran también acostarse en el suelo para dormir. Pero, qué rumor extraño hiere los oídos? El del océano inmediato; y cierto, del íntimo del alma se expele un grito de asombro, de congoja al columbrar tan pronto la mar inmensa con su ronco hervor. El mantel de plúmbeas nubes abre á plomo surcos que nos muestran valles profundos y ríos: es un pavimento firme de la costa todavía, con crespones de algodón amontonados. De vez en cuando la chispa eléctrica hilvana y ensarta esos montones, unos tras otros, y fosforescentes los tumbos se alejan con esta comarca divina donde están fumando talvez los genios del aire, los silfos ó las brujas, á cuya luz se dibujan en negro las siluetas de los bosques desolados.

Han desaparecido las nubes; salimos del labio del abismo y abandonamos al fin el suelo patrio!!!... ¡Consternación horrenda! ¡Cuán grandes y bulliciosas las aguas del undoso Pacífico se dilatan constituyéndose en una de dos inmensidades. La piedrecilla menuda, traída y llevada por ellas, rueda con estrépito ocasionando el somnífero ruido de la resaca que bate la playa. A sotavento, allá en la América que acaba de pasar, los fuegos fatuos quedan chispeando sin interrupción. No á mucho andar sobre la mar en leche, brillante cual anchuroso espejo donde se refleja sin sosiego la eternal luz en forma de verdaderos prismas móviles, echamos de ver una flota de enormes rocas carbonizadas y fruncidas en mil anfractuosidades que se vienen navegando muellemente por los casi mansos líquidos cris-

tales. Trozos de lava áspera, negroidriosa, escoriácea, semejan hercúleos edificios: es el archipiélago de Galápagos [Colón]. Una pobre marea de aguas chifles azota á las renegridas peñas y da fuerza á su expresión.

Ahí, ved! . . . la Luna ha retrocedido? ¡observad! singular trastrueque del orden de las cosas! ¿A quién se le ocurre que transcurridos 45 minutos después de la media noche hemos de habérnoslas á las 11 y $\frac{1}{4}$? Pues ¡señor! esas tenemos, y no las 12 y $\frac{3}{4}$ ¡casi una hora de anticipo! En realidad son las once y cuarto: puede se nos encaje este tropiezo para enderezar torcidos juicios.

Todo se aleja á modo de exhalación.

Entrados sois, otra vez, definitivamente en alta mar á barlovento. O se pierden esas tierras por donde vinieron ó habéis perdido el rumbo al seguir volando sobre este infausto oleaje que marea con su música eterna? Es que ya no hay puntos de comparación relativa á ellas; es el Océano sin límites visibles, desorientado áun para nosotros que le dominamos de arriba: el derrotero absoluto es el mismo que traíamos, nos dicen los astros, pues ya se alzan la egregia Espiga de la constelación de Virgo y la Cruz del Sur.

En este momento son las 11 de la noche; estamos á 834 leguas lejos de Quito, no habiendo andado sino 417 leguas de á 4 kilómetros. Lo que se barrunta es que el globo terrestre ha duplicado su velocidad, mientras que el orbe celeste rota en sentido inverso del mismo paso con que andamos. Es prueba concluyente: el cielo no gira al redor de la Tierra, sino ella sobre sí misma. Como nosotros vamos en contra suya, se aumenta su movimiento, parece que la bóveda celeste gira para el mismo lado, esto es, en sentido contrario del de costumbre y más despacio; pero en realidad siempre quieta en su conjunto. Si nos demoramos aquí, también ésta haría alto; mas no ésa. Un soplo machacado sigue pifiándonos por delante en los oídos con el plañido de las olas que se dejan asomar blancas á media sombra por la ardencia. Es la ardencia aquella especie de reverberación fosfórica producida por las chispas de ciertos corpúsculos, despedidas al golpe de una masa de agua contra otra, con cuyo resplandor puedé leerse en la noche más oscura.

¿Luciérnagas ó qué son esas luces que andan paralelas, oblicuamente á flor de agua, como los ojos de un animal con cauda? Son dos chimeneas de un navío que vomita fuego, dejando la estela cual un cometa. Más allá se presenta otro, de tres mástiles; con las velas aferradas á sus vergas va á perecer sobre sus amarras, no produce estela alguna. Ni uno ni otro, parecen variar de posición, no obstante la marcha del primero. Todo anda de una pieza. Los pilotos se ponen á cantar su saloma, cuyo eco se apaga, casi por completo, con el mugido del oleaje. ¡Qué armonías forma esta mezcla de sonidos en la noche de luna del mar! Nos parece oír el órgano de una basílica; aquí hay melodías que no han sido comprendidas ni ejecutadas por Mozart ni Doniceti. ¿Oís? suena una algarabía de campanas, y es únicamente la mareta que entremezclando sus vibraciones con los oídos que rompen el aire, á las distintas distancias, produce esta batahola de todo un mundo de ruidos. El céfiro del Poniente nos tiene helados, á punto de zozobrar con tan rudo golpe, porque cualquier viento en estas alturas sopla á tempestad; pero la bajamar, completamente escorada, anda con gran prisa. El aguaje de la contra-corriente ecuatorial está impetuosa, forma fuertes ondulaciones como bolsas ó guardabrisas de telas de vidrio que saltan en pedazos espumosos y estallan como cohetes, se desencarreta en espirales de filigrana, por cuyos espacios las olas, bailarinas misteriosas, sacan las cabezas hasta más abajo de los hombros. ¡Qué lindas cosas se han ocultado á la mayoría de los hombres! y como para aquel que sabe leer este libro impreso por el amor del Criador, todo en la naturaleza es locución suya á su criatura, es materia de observación, enseñanza para el espíritu, gozo puro para el corazón, adoración, amor, reconocimiento para el alma iluminada por las luces de lo alto.

Olvidada recién la primera impresión casi quimérica, nos incorporamos un poco: el horizonte marítimo se ha explotado mucho más. Tenemos las 10 de la noche.

En todos estos parajes, las boyas de sondaleza ó guín-dolas tienen linternas eléctricas con el plan más ingenioso y eficaz de indicar los bajíos, caicos, ú otros peligros á los navegantes; y, con los reflejos de las caras irregulares de las olas, forman un campo donde vuelan brillantinas de cuantos

son los colores, purpurinas que predominan en azul y en verde, entre los que saltan vívidos algunos rasgos y rayas de luz de rosa y pulzol, creando, como en un sueño, panoramas huidizos, fantásticos y deslumbradores. En el seno de esta implacable soledad hay, además del ruido, algo como el silencio, flotantes fantasmas, espectros y vestiglos. ¿Habitamos aún el mundo? ¿Flotamos volubles acaso con dirección aviesa, sin nada arriba y sin más abajo que las oleadas confundiéndose unas en otras en un planeta en vía de formación?

Se aniquila ya la razón humana y se siente el vértigo del infinito. . . .

He ahí otro buque cuyas chimeneas se apagan, y con gran crujir de cadenas suelta las anclas por los escobenes: va á pernoctar aquí. Debemos estar cerca de algún fondeadero: es así, allá viene una cosa negra de barro. . . . la isla Jarvis! En un estrecho ancón bien cerrado en cuyo fondo alguna violenta convulsión ha rompido la linde roqueña, hay una escotadura tallada en cuesta suave que da subida á la meseta superior. De improviso, sobre la cubierta de un navío, se inflama una antorcha de fuego de Bengala, y las paredes laterales de la isla, la muralla de cabecera, todos aquellos prismas, conos y cilindros, á modo del mármol, están bañados en el fluido luminoso, de tal manera, que parece les es propio semejante brillo. Se ven romperse las ligeras ondulaciones del mar en las cimas de los peñascos y abrirse en anchas y espumosas franjas. Numerosas rocas caídas obstruyen la orilla con una conformación bizarra, y puede decirse que despiden luces aquellas piedras talladas con facetas como diamantes de gran valor; los flancos están ni si fueran dos bocas de horno que hubiesen sido calentadas hasta la incandescencia.

La fuliginosa claridad de las antorchas "Etna" palidece, pues en la atmósfera se indica su pulsación, y á poco se apaga. La Luna ha declinado 45° solamente desde el zenit, tanto es esto sin embargo que dentro de dos y media horas habrá entrado en el Levante. Las horas á la inversa nos trabucan: han retrogradado de las 12 en que principiamos la partida á 11, á 10, á 9! Son pues las 9 horas 12' de la noche; de suerte que nos faltan doce minutos para tener las nueve en punto. ¿No cra de que estuviése-

mos en las 3 menos 12' de la mañana, conforme la indicación del reloj lo comprobara? Mas, en verdad, solo tenemos tres horas retrógradas de viaje y hemos inspeccionado 90° de la superficie del globo. Si así vamos con el tiempo para atrás talvez volvamos á rejuvenecer y á ser niños?

Ateridos de frío, casi á obscuras advertimos que los declivios de las olas reflejan los moribundos rayos lunares y las constelaciones claveteadas en el cielo, á quien están enseñando sus galas con incefable alegría y sonriendo de su propia hermosura; pero qué mejor abrigo! cobijados estamos por dos cielos rasos, espaciosos é inconmensurables, cóncavo el uno, convexo el otro.

Entre la radiación alternativa del aramo, malva, tornasol, esmeralda y verdemar que ocasiona la incidencia radiante de los reververos y candiles, mirad si es denso el sombrajo de esos fornidos sauces llorones. El archipiélago de Gilberto (Scarborough) debe de ser aquel recodo selvático, conjunto de rocas sombrías, equidistantes, que andan á un son: generalmente bajas tienen lagos interiores que comunican con la mar por pasos muy estrechos; cristalinos, inquietos, ora se extienden por angosturas vistosas, ora por canalones labrados que se cruzan formando mil sonoros laberintos. Son una revolución de piedras en eterna mudez contra cuya paz y orden de cosas están protestando las feroces olas que, en cabalgatas seguidas, se lanzan con descabellado tropel. Parece que el globo de agua, impropiamente llamado terrestre, permaneciera quieto y que estos grupos insulares navegaran veloces: es la ilusión más refinada.

Veís ahí el Pleasant. Sus picachos semejan cuellos extendidos de algunos gnómos gigantescos curiosos de ver quienes pasan: remedan peldaños carcomidos, vestigios de graderías, ó tizones que ha sobrado el fuego. Pocos charcos brillan en distintos sitios haciendo conocer el relieve del suelo. Entre tanto, de todo el gran círculo que trasluce el horizonte, solo en una parte se muestra más señalado por la luz zodiacal; por cierto, es el lado del Poniente. No acabamos de conformarnos con esta especie de contradicción. ¿Es decir que el Sol va á salir por allí mismo? Sin ambajes; y hoy por hoy, se halla entre las estrellas Régulo y ε (epsilon) de Cáncer. El hecho es que hemos pasado la Po-

linesia y la Micronesia. Advertid en esos que parecen fósforos inflamados sobre aquel vapor, no son sino los fuegos de S. Telmo en las puntas de los mástiles y juanetes, entre la bruma; la gente de mar va á arriar de falondres los aparejos, pues, precipitados trincan los foques con gritos de no-velería.

Son las 8 de la noche. En efecto, ahí asoma la isla Matías (*) y las luces que en ella se ven y la indecisa del véspero, prueban que sus pobladores aún no se han acostado. La forman reducidos planos surgideros, paredes perpendiculares, arcadas y columnatas de roturas estupendas en los recodos del peñón.

Seguimos el derrotero con la presteza del pensamiento, y á poco entramos en el Almirantazgo. ¡Qué multitud de lucecillas diseminadas por las islas apesar de ser la noche clara! ante todo fijáos en el fenómeno óptico que resulta, debido á la celeridad: las bujías del alumbrado parecen algún tanto luminosas líneas paralelas, como otros tantos tajos de cuchilla por donde se infiltra la luz que impresiona nuestra retina. La paleta del mágico que ha vertido los colores sobre estos paisajes, hace de ellos verdaderas visiones; su desaparición casi instantánea es parte para contribuir no en poco á su belleza: no parece sinó que esmeraldas y rubíes y pedrería fina ruedan á destajo en esta mansión de sirenas. Pero fuera de broma, el Pacífico, con su tenaz cantinela y el continuo chapoteo de sus tormentadas, ha sido inconmensurable; á qué tiempo se acaba? Desamparados, abatidos, aniquilados quizá, no importa; no nos falta la audacia para atravesar esta eternidad disuelta y fluida, ni hemos de dejar de rempujar la flaqueza hasta el delirio, poseamos robusta constancia, no hay plazo que no se cumpla. Lo que ahora nos admira es el sinnúmero de plumas diseminadas; ¿son acaso los despojos de una ave á quien algún ladrón ha arrebatado? Son embarcaciones cuyas velas se presentan, tanto más en miniatura, cuanto es grandioso nuestro dominio sobre semejante espectáculo: por aquí un pailebot, por allá un bajel; acá un bergantín corbeta, acullá un goleta; cual con velas latinas, tal con cuadradas, y ese cruter con velas al tercio: ya los ojos avi-

(*) Las longitudes en la ciencia positiva valen el doble de las aquí señaladas.

zores van viendo actividad! Venus, estrella vespertina, cespita intensamente en Leo, cerca de Denébola. Una descomunal masa de basaltos eleva sus columnas prismáticas y cubre con sus restos pintorescos una playa solitaria: hemos llegado á Waigiú, pequeño islote sostenido por un fuerte estribo, apoyado en unos á modo de pies derechos y adornado con profusión de ángulos salientes que forman otras tantas pechinas, pero así, en grande acopio.

Y va de nuevo! no hay ninguna superficie sólida.

Empero, nos mortifica un tufo de gases sulfurosos ¿qué puede ser? ¡vaya! somos en camino á inmediaciones del volcán Ternate, y á fe, debe de ser el cráter aquella lumbre que con tanto humo metífico nos atosiga. ¿No sea que quiera darnos el albazo con una diana á su manera? Son las 7 de la noche. Asombrados estamos, ó es alucinación nuestra ó por estas regiones sonó un bramido, voz del mundo en persona: ello es; las primeras lavas que caen en la mar se hacen sólidas en el acto; el agua silba al evaporarse con su contacto hirviente. Esta segunda explosión, que se habría oído á cien millas, nos llega recién, poniendo en conmoción las capas del aire, el cual se precipita como si saliera de un ventilador, activa y satura de oxígeno ese brasero ardiente, y en breves segundos estamos tragando tierra. En el crepúsculo parece aquello un Niágara de fundición líquida, con sus vapores incandescentes que por arriba se esparcen en forma de gavillas y al pie sus hirvientes masas se devoran. Algunos destellos muy vivos producen, de vez en cuando, deslumbrantes difusiones de luz. La playa toda redúcese á pavesas, desaparece bajo aquella furibunda inundación de chispas, y el vómito simula brotar del mismo Océano. Cada piedra lleva tras sí un rastro de arena parda, estalla en la nube dispersándose como metrala, semejando ramas de ciprés borroncadas con tinta en ese fondo de fuego; las coladas, arrastradas por el viento, vuelven á caer en lluvia desde mayor altura que la nuestra. Aquí sí que corremos riesgo! mas, nada nos sucede, solo un zumbido como el del granizo ó de fuertes chaparrones nos alarma, sin daño chico ni grande. El derramamiento lávico, cual millares de hilos de vidrio, se difunde á la izquierda por el procenio donde tiene lugar el acto. La mar no se halla tan mansa á despecho de encontrarse la marca

baja. Este cuadro, cuyo examen lo hemos dado, se aleja con su peligro; á poco ya no vemos sinó una fragua fugitiva como cualquiera.

¿Y ése que parece un pterópodo monstruoso dormido en la superficie del Pacífico, quién es? Es la isla Célebes. Frisamos, al principiar el flujo de las aguas mayores, sobre el golfo de Tomini. Si algo de nuevo veis, advertidnoslo para no equivocarnos en algún indicio que no sea bueno dar crédito así en un pronto; pero si se aclara el día, como creemos, hemos de enterarnos mejor en estas cosas, no hay que darle vueltas. La Luna va desapareciendo con la irradiación solar: suceso que no lo habíamos previsto por la costumbre de que antes del plenilunio, primero se esconde ella al amanecer y á poco nace el Sol por el lado opuesto. ¡Ahora lo contrario! ¡El mundo al revés en todo sentido!

Salve!... la gran tierra de Borneo!... Entre obscuro y claro se ve un valle lóbrego por donde va corriendo el arroyo de Mahakham, cuyos armónicos suspiros suben á la altura; no nos equivocamos, ya pasa con precipitación; nos han esperado en sus márgenes con pitos y tambores: aquí hay animación y personal. ¿No estaban las gentes todas muertas con el sueño magnético, quizá en los estados de letargo ó de encanto por si acaso?

Se trasladan elevadas y extensas mesas interrumpidas por las quebradas de los ríos Bandjermassing y Kap-pouas, y acabamos por atravesar cerca de la ciudad de Pontianak, rara residencia con sus barraças suspendidas en los flancos de la isla, apoyadas á las rocas que caen sobre el despeñadero, parecen nidos donde duermen los que esperan su renacimiento.

¡Hurra!... advertid, mientras libramos la correría sobre este brazo del mar de la China, cuán hermosamente principian á dibujarse aquellos celajes de fuego, no parece sinó que el cielo trata de remedar con luz cobriza á las olas: nubes purpurinas y doradas, con el cabal tesón de sus colores, son arreboles increíbles que adornan en el remoto horizonte la decoración del mundo, le revisten de alegría y de virtud recordadora. Meditad y decidme si la naturaleza no tiene su emblema de que los muertos resucitan, no una sino muchas veces? Son las 6 de la tarde.

Después de noche tan llena de peripecias ¿quién podrá negar que estamos amaneciendo y no anocheciendo? Pues á todo pesar, es la caída del Sol, es una verdad matemática. (*) Nosotros sólo hemos caminado 10.000 kilómetros y ya hemos dado una violentísima media vuelta al mundo. ¿Cómo sucede que por el cálculo habíamos deducido que el arco del medio globo tenía 20.000 kilómetros, cuya extensión es doble de la otra y la debemos de haber recorrido? ¿Nos engañan las matemáticas? . . . ¡Ah! ya estamos! . . . nó, no engañan; un momento ha, principió á ocurrírse nos la causa de esto, pero sólo ahora podemos completa claridad de que, mientras nosotros hemos caminado, según nos atestiguan las constelaciones, la cuarta parte de su circunferencia, empleando rápidamente 27.000 metros por minuto, el planeta en su rotación ha caminado la otra cuarta parte con la misma velocidad, correspondiente á Quito en la superficie del globo, en sentido opuesto: la suma, pues, de las dos cuartas partes nos ha presentado la mitad de la Tierra: razón por la cual nos sorprende aquella exhalación con que se trasponen las cosas y el anhélito incesante del viento; es consecuencia de los 55 710 metros por minuto, rapidez con que las sentimos desfilan. ¡Qué inmensidad, qué inmensidad del mundo! Hemos devorado la distancia. Ya podemos sostener que, con solo una velocidad de 10.000 kilómetros en 6 horas, podemos recorrer una extensión de 20.000 kilómetros, equivalentes á 12 horas!!!

Decididas así las reflexiones, prosigamos torciendo la atención á nuestra empresa para no perder suceso.

Hé nos aquí con nuestros antípodas en Sumatra. Es de catar bien el dominio de éstos, que talvez serán rivales de nosotros, y pasar luego el escrutinio á su fisonomía: al través de los montes Benko y Ofir, por ese verde y fresco prado, ved, donde corre manso el Siak después de caer á lo largo de la roca, el Sol que para ellos va á ponerse tras las crestas del Cosumbra, con sus últimos rayos les hiere horizontalmente é ilumina las cimas de los fruncimientos del terreno transitivo. Las enormes pantallas de los conos

(*) Los navegantes experimentan sensiblemente los efectos de dicho fenómeno con los cambios de longitud, según la velocidad de lo que llaman singladura ó trayecto cotidiano recorrido.

Sumatra

superiores alargan su sombra inmensa y crece á medida que les va volteando el mundo, respecto al astro rey, en su carrera diurna: allí yacen en agrupaciones deleitables los malayos; estáis instruidos en que la cara de ellos es aceitunada y aplastada? la frente angosta y oblicua? los pómulos salientes? los ojos largos? la nariz achatada al dorso y arremangada desde las ternillas? Son los moradores del reino de Menangkabo.

Los vivos de la general iluminación nos presentan al torrentoso Indrajiri [Kawantan], encerrado en un doble cantil gredoso y, al Jambia al Sur, que al murmurio de la cascada espumosa de Monselar no acaba de soltarse de las alturas, de donde parece se desprenden trozos lustrosos de pared blanqueada hasta volverse polvo fluido. Ese monstruo ó inmenso lagarto con alas que está al pie de la chorrera es el dragón franjeado. [1]

Entramos sobre el mar índico cuyo casquijo, junto á Mintar, produce las esponjas que, en cantidades excesivas, han salido á la superficie. Mirad!... aquellas chatas, chambequines y jabeques han estado dediqueando sus desvelos en la pesca del coral; todos navegan de bolina y orza al terminar de su jornada, pues para ellos se aproxima la noche, para nosotros el día, después de una no muy larga.

Aquí hay un extendimiento de muchos millares de escollos, por uno de cuyos grupos pasamos á las 5 de la tarde, precisamente por donde está aquel campanario. Mas, no es campanario, sino el faro de Suádiva que en las noches ilumina esta región: son las islas Maldivas. Todas las playas, fijaos, formadas por cerros enteros de cáuris, especie de conchita diminuta, en donde los viejos sicomoros de tronco lampiño sostienen vastos parasoles de follaje y se agrupan en parques amenísimos. El verde oscuro del pequeño valle Addón, donde las silvestres florecillas se yerguen, sin duda, sobre su tronco; la consideración del susurro de la brisa que estará circulando por las ramas; el zumbido de los insectos invisibles que á la caída del astro radioso cantan á su modo los himnos de la naturaleza, todo abajo les debe convidar al recogimiento y la melancolía. El Sol nos puso ya en una muy buena temperatura, ha disminuido su magnitud

(1) draco Fimbriatus.

que así estaba de grande y elíptico, de creer que se había acercado á nosotros y, si no fuera por la reflexión del entendimiento, de porfiar aún que el lugar por donde ha salido es el mismísimo Oriente, como nos lo hubiera dicho Maffei Barberini.

La mar ondula en millones de lenguas de fuego con notable escarceo y vital actitud, propios de la despedida del día, cuando anochece; pero á nosotros nos echa su primera atisbada en nuestras aventuras. El cocodrilo biporcato [2], el pelor filamentosos [3], con el ostración cornudo [4], son nadadores execrables, de soñarles. La corriente indica nos sigue con retardo, se nota ser muy correntosa, tiene hecho del mar un caos de fundición de cobre que se meca doblando y desdoblando sus rizados pliegues, como llamas que se extienden trémulas, y forman dos sistemas de redes á modo de los lúculos que pronto estudiaremos en la superficie solar. El dugongo merodea en aguas propias, así como el amphioxus animal de transición entre los vertebrados y los invertebrados acuáticos.

Luego oímos un pito de vapor [*], lo es en efecto el de un magnífico navío que debe pertenecer á la compañía inglesa de las Indias; ¿Qué tal bandera tremola? Dicho y hecho: inglesa! El chapullete es corto y repetido, á su envite van cimbreando las cubiertas del buque y cabecea de babor á estribor; más no cesa de contrastar el viento. ¡Qué construcción tan espléndida! su maquinaria gran parte visible sobre cubierta es, á modo del "Batlesiph," de una complicación suntuosa: los camarotes, el generador, la caja de fuego, los cuerpos cilíndricos de las colosales calderas, la caja de humo, los cilindros y sus correderas, los émbolos y pitones le dan un aspecto regio al potente propulsor: es el "Oceanic" de 215 metros de eslora, construido en Belfast, es un palacio ambulante que carga 17,090 toneladas; ¡qué hermoso, hombres! véis lo que puede la civilización.

(2) crocodilus Biporcatus. (3) pelor Filamentosum. (4) ostración cornutus.

(*) En las ascensiones en globo aerostático se ha experimentado que los aeronautas oyen, en buenas condiciones atmosféricas, la voz que les habla á 550 metros de la tierra, mientras en el suelo no se comprende lo que ellos dicen una vez que han subido más de 100 metros: así que todos los ruidos se avivan con intensidad séxtupla. A 3.500 metros se oye el silbido de una locomotora; á 3.000 el ruido del tren; los ladridos á 2.000. A 1.500 metros se apercibe la voz humana en grito, y el canto del grillo llega de distinta manera á 1.000 metros. (Sausurre)

Allá el grupo de las Seycheles, muy lejos al Sur, ningún detalle nos permiten indagar.

Por lontananza asoma un continente inmenso.... ¡tierra, tierra amigos! ¡el Africa, ella, ella! Parece un solideo crema ilimitado que se viene forrando el agua.

Entramos sobre una pequeña rinconada del litoral á las 4 de la tarde; una ciudad notable esquizá la que le forma á ésa: á no dudarlo, la población de Jubo, sita sobre aquel bonito río en la costa de Zanguebar tan bien regada por él, pero expuesta á los vendavales del Sur y á los desbordamientos que dejan miriadas de insectos y reptiles. Si ver se pudiera el pensamiento ¿qué dirían los que aquí residen, al vernos pasar por la altura? Son los zangos, negros indígenas oriundos de Arabia, tan ignorantes que nos creyeran alguna ave rara y violentísima. Podéis escudriñar allí, en las veredas de las calles, aquellos pequeñísimos puntos? son cadáveres puestos sin enterrarlos para que las hienas y jagualetes [5] vayan á comerlos por la noche; pero así han amanecido. Tal es su costumbre!!!

Esta cordillera que partimos de ligero es la de Kili-madjar, el monte Kenia es ese altar de soberbia escalinata con anchas gradas, ese gigante extasiado en medio del desierto, donde es menos variada y menos faustosa la flora intertropical. Llegamos á ciertos escombros: unas tapias desplomadas, otras derrumbadas; pilares medio quebrados, tejas amontonadas, vigas soleras enhiestas; corredores y cubiertas desfondados, rejas y varandillas, más que enmohecidas, envueltas por el musgo cabellera de las ruinas entre hierbazales silvestres y matorrales sobresalientes: Sohillos fué antiguo pueblo, hoy guarida de muchos rumiantes monteses. Observad, con perspicacia, por entre las crispaturas del terreno: allí está la bestia llamada cefalofo mergens, también el serpentario [gypogeranus Reptilivorus] con largas plumas en la parte de atrás del cuello. ¿Qué pasos lentos van removiendo las altas hierbas de Guinea por allá? Es toda una familia de elefantes [6] que, casi cubiertos, rompen por ellas con sus trompas, chicotes rollizos con que escarmentan á sus adversarios; se dirigen á beber á orillas del gran lago de Oukerebe. Cuajado éste de aves asus-

(5) tigris Macroscelis, Regalis. (6) elephas Africanus.

tadizas, ellas huyen con vuelo arrebatado de las descargas de los cazadores que resuenan entre los árboles de tamarindo [leguminosa fam.] y las acacias de goma arábiga. Las desgarradas hoyas de esta solada construyen varias serranías, en figura de circos, que encierran á aquel otro gran lago, de Alberto Nianza [Luta-Nzigé], en cuyo labio véis ahí en peligro y asecho al mono ateles, codiciado por ese otro animal más racional perteneciente á los mamíferos bípedos: el hombre, tan carnívoro como esas furibunbas alimañas.

Mas el movimiento vertiginoso con que pica de soleta sin cesar esta plataforma del mundo, nos aniquila si no procuramos atender más bien á los detalles amenos de tantas maravillas, óídnos: esos grupos blancos, por los declivios largos y sinuosos, son las girafas [7] en tropeles de 15 ó 20, que con sus larguísimos cuellos van á alcanzar las ramas de unos monstruosos boabales [malvaceas fam.], los más gruesos y duraderos de los árboles conocidos; en ellos moran plagas de ardillas: debéis saber que estos árboles, con la corteza color de sienita, tienen hasta 40 metros de circunferencia y 6.000 años de vida! Manadas sin cuento de monos cinocéfalos y chimpanceés son los que llenan de rumor los vetustos robles, bananeros é higueras, travesando y tronchando sus ramas. El facóccero [8] de gentil carota, agazapado al pie de aquel tronco, está asustado del boa constrictor que se va haciendo zetas por el suelo, en compañía de culebras de mil colores, las cuales prendidas del ramaje por el extremo de la cola se columpian por el aire. Ruge el león [9], y comparece por esos lomones montuosos sacudiendo la melena tal cual ella es, desgredada y primorosa, é infundiendo respeto á todo viviente con sus ojos relampagueantes; esa cebra quaga [hippotigris], cuyo pelo rayado con fajas morenas transversales de incomparable belleza, va á ser víctima. Un gorila giganteo, joven representante de su larga prole, camina paso á paso con semblante meditabundo; bandadas de pericos y guacamayos [deroptius Accipitrinus] atraviesan la atmósfera asordando el continente. El caballo emigrado, el ante y el búfalo [10] con la cabeza armada de astas negras espirales, están

[7] camelopardales. [8] phacochoerus. [9] leo Africanus. [10] búfalus Caffer. Arni.

comiendo, uno las sensitivas de tallos leñosos, otro helechos arborescentes, cual orquídeas, tal gramíneas, y el gran boselazo canna con listas de color de orín y debajo del cuello una borla de pelo, se ve burlado por los lemurideos ó makis. Entre el follaje de aquellas palmeras dátiles existe una hermosa ave: el casoar.

El territorio que pasa es la Nigricia ó Sudán, la ciudad aquella, Misel. Véis ahí esos hombres de color trigueño? son los tatús ninecanays cuyo cuerpo es lleno de dibujos; pero echad de ver por esas pampas cual corre á volapié aquella avestruz [11] llevando áuestas á uno de ellos!

El sol resplandece y abrasa; aún hendiendo el aire con pujanza en las alturas por donde pasamos, el clima es cálido: el cielo se halla limpio, su azul purísimo desaloja las nieblas. Tenemos las 3 de la tarde.

Todos estos terrenos interiores tan propensos á los arenales y desiertos se exhiben con una soledad espantosa; una sola caravana de unas cien personas y otros tantos camellos [12] atraviesan por entre los cascajos y piedras descarnadas. De súbito el simoum, viento feroz, levanta iracundos ciclones en cuyo seno se condensan luego pilares de arena que se mantienen un momento en calma, abandonados á sí mismos, y tenéis allí, se desploman. . . . sepultando para siempre esa pobre caravana! ¡Con razón hay tantos huesos y calaveras, tal cual nos cuentan del valle de Josafat! Los espermosciuros, en estas estepas, habitan en profundas madrigueras debajo de los jerales ó entre las raíces. Los cosmetornis porta estandarte [13] son esas grandes aves, y los bucorax con moño blanco [14] esas otras que allí andan. Solo esta parte de la baja Guinea manifiesta vestigios de cultivo: las mujeres labran el terreno, en medio de las caamas de astas en disposición triangular y el cabrón saltador que los tiene contorneados en forma de lira, imponentes en cualquiera parte, lo mismo entre la selva que en los eriales. El catoblepas gnu con singulares mechones en la frente y pecho, con pincles en el hocico, y el pangolín [15] que parece un tronco de achupalla lleno de escamas, son brutos

[11] struthio Camelus. [12] Dromedarius, Bactrianus. [13] cosmetornis Vexillarius. [14] bucorax Albocristatus. [15] manis Tetradaactyla.

fieros, de asombro; en cambio allí están los bellísimos esteganuros del paraíso [steganura Paradisea] con cola hermosa y el paleornis de collar [palceornis Torquatus] peinados por el mejor peluquero.

Los espaldones de las serranías descansan encima de un ancho cimient irregular formando unos cuantos boliches, en uno de los cuales la población de Adjamba, al Norte, nos enseña la rara construcción de sus casas; pisos de arcilla, techos de paja larga, más que casas son caserones construídos con esmero sobre eminencias y rodeados de setos impenetrables, cual recintos fortificados, donde danzan los tatus; pero en suma son cabañas en las cuales se entra por un agujero circular apenas practicable para el hombre ó para el guepardo [16], medio perro medio gato, que les da su visita alguna vez con la mangosta [Urva], la gacela [Dorcas] y el esterpsicero [17] de astas retorcidas y listas blancas en el cuerpo. Tate! que visten aquellos manto de picles cosidas con arte; llevan en los codos unos arcos de marfil; cubren su cabeza con gorros de cuero, por encima de los cuales se desprenden penachos de colas de antílope; de sus orejas cuelgan láminas de latón que entre ellos son amuletos. Dejamos rápidamente atrás las chozas que constituyen el villorrío.

A no mucho trecho, después de hora y cuarto de viajar en seco, antes de llegar á la costa de Gabón y su río, divisamos el océano Atlántico, horrendo, atronador. Nos horripila luego, ya debajo, en flujo y reflujo sempiterno: los fragmentos de madera y cadáveres, reliquias de sus iras, vagan mansamente en su superficie de lodo suelto. Por el lado hacia donde os guiamos van apareciendo nuevas cosas, por el opuesto, anegándose todas; no encontramos sinó uno que otro pájaro, de plumaje escueto y gran tamaño, que solitarios vuelan sobre las olas. Al fin se pasa, por el norte vuestro, la isla Sto. Tomás: caídas, irregulares, caprichosas nevaduras se apoyan en aquellos pitones levantados en las primeras épocas geológicas, al pie de la gran montaña central. Los árboles gigantes, sifonías elásticas y bombax que orlan sus orillas, cargados de flores y de perfumes, se están

[16] cynailurus Gullatus. [17] sterpsiceros Capensis.

inclinados sobre sus aguas para hacerle cortejo, para matizar sus reflejos, para imprimir sus imágenes. Por desgracia el Océano es rápido y muy turbio de espuma sucia, con todo eso, su impetuosidad está calmada, el trueno de su voz, apagado: en lugar de desarraigar y de arrastrar las rocas en su esfuerzo impetuoso, él las abraza y las acaricia con sus mil remolinos amigables, les ciñe con una franja de espuma, espesa como de almivar, deposita á sus pies ó sobre sus frentes las guirnalda verdes y las ramas floridas que los arbustos han dejado caer en su seno ó que él mismo les ha arrebatado á su paso. ¿Y porqué su cólera habría de rechazar á tantos encantos irresistibles? ¿No os parece que toda esta fiesta sea para él? A poca distancia, estudiad á ese quironectes erizado (18) es otro de los monstruos terribles. Entre las varias embarcaciones catad la de tres árboles cómo lucha con solo su velamen y cordaje contra el chubasco aborrecido que la lleva, y para que disminuya su velocidad, que la tiene arfando, y cese de dar cabezadas, va corriendo con calabrotes por la popa á la rastra. Los marineros deben de estar sudando con el trabajo; las nieblas altísimas imitan bellones de lana, se encuentra el cielo aborregado, como dijéran ellos; el mar, por su admirable transición de matices, parece ya un bastísimo ejido verde donde se amontonan brochazos albos ó del blancor sonrosado del nacar, con extensas manchas pardas de la sombra proyectada por aquellas.

Son las 2 de la tarde.

Ese barco pequeño con aquellos bajeles y balandras están desatracando de los caicos de arena donde se han varado, y aboyan con guíndolas para no volver á caer en la trampa. Tales bajíos, formados por el encuentro de la corriente de Guinea con la de la Monzón, se hallan á 59° E. de Quito: luego poco nos resta para volverle á ver. Entre tanto, entretengámonos con esta infinidad de peces que juegan y se recrean rompiendo las aguas en distintas direcciones: salta el salmonete, se zambulle el atun; corre el pez espada (19), cuya mandíbula superior se prolonga en larga punta; y el pez sierra (20), el salmón en grandes patrullas, el arenque, la sardina, el anchoa [acantopteri-

[18] chironectes Hispidus. [19] xiphias Gladius. [20] pristis Antiquorum.

gios ord] vuelven á mostrarse en la superficie, luciendo á los rayos del Sol sus brillantes escamas de plata y oro. Lo que nos sorprende, prestada la atención, es la variedad de estos animales: el escuación ángel [21], ni mas ni menos, es un hombre ahogándose; si aquí hay uno en forma ovóides, allá otro elíptico aplastado; unos largos como cilindros, otros casi esféricos con aletas: todos estos son los tan grandes y tan selectos habitantes de nuestro globo. ¿Cómo serán los de los otros mundos? Desde ellos, quedamos ratificados, verían más fácilmente estos organismos gigantes de nuestros mares antes que al hombre ¡talvez creyeran que la ballena es el rey de la Tierra, que las locomotoras y los buques tienen alma? . . . La corriente marina ecuatorial forma oleajes que se persiguen unos á otros con un cascarrón de aire que le acompaña de SE. á NO. de manera que no nos hace mucha contra á la dirección propia. Aquí encontramos á la marca en su culminación solar.

Con poco transcurso de tiempo divisamos, en una lejanía inmensa, una costa sombría, azulada, casi desvanecida: no puede ser otra que la América del Sur. Participamos de la emoción de Colón cuando la descubrió. ¡Cuán feliz se hubiera creído él poseyendo los conocimientos completos hoy adquiridos del mundo terrestre! Creemos divisar ya desde el cabo S. Roque hasta la embocadura del Amazonas. Los entes vivientes que se mueven, los pueblos numerosos que la habitan, las escenas heroicas que se juegan, las razas y las lenguas que se reparten esos territorios; las rocas rodadas y molidas, los árboles desarraigados, hachados, llevados como las briznas de paja por los saltos prodigiosos de las cataratas, todo le da derecho á un nombre más glorioso: América! Por cualquier parte del orbe que aquí se viniere, todo sabe á moderno; de cuantas son sus porciones, aparece la más notable bajo el punto de vista de sus seres orgánicos, los quetómides [quetomys Subspinosus] por ejemplo. Habéis de saber que allí hay otra cosa más graciosa: es el zapo asterodáctilus pipa, de cuyo lomo, como de los alveolos de un panal, salen los hijos por otros tantos poros de ovación. Entre las producciones útiles suministradas por esta región, fijémonos en el café, algodón, índigo, ananá, vainilla. Ma-

[12] squationus Angelus.

deras de ebanistería: la caoba, palisandro, tuya, palo de rosa y de limón, de hierro y para tintorería. Medicamentos: la ipecacuana, zarzaparrilla [*smillax officinalis*], las quininas &. De trecho en trecho de este trayecto que la costa sigue casi paralela á nuestro camino, miramos hacia el Sur, muy lejos, grupos de objetos blanquizcos que parecen casas; pues está la atmósfera tan azulada por la luz solar que introduce incertidumbre, y su calor nos tiene asados: deben de ser Parnaíba y Maranhao, que al fin se pierden.

Más luego se nos presenta otra que se viene de frente: es la población de Macapa sobre la cual pasamos á la 1 de la tarde. Ahí, esos puntos por las calles son hombres de variada fisonomía, cuyo talante extraño nos les figura que han bajado de otros mundos: los más de mirada adusta, erguidos, bien dispuestos, nariz aguileña, pómulos rosados; unos pocos flacos y englenques con bigotes esponjados ó larguísimos y puntiagudos en el fin; todos de muy variada barba, corta como fleco, partida como aletas, larga como embudo. Entre tantas mujeres fijaos en aquella atractiva por la timidez y el rubor conque á otro mira á furto de su esposo. ¿Cómo se pasará la vida entre ellos?

Al inmenso continente cubre una mar de vegetación bajo el perenne azul del cielo; los vientos alisios agitan las copas de aquellos millones de millones de árboles y remedan las ondas de un cebadal tierno, sobre cuya superficie se ven las sombras proyectadas por las nieblas. Se ostentan en todo su esplendor la flora y fauna tropicales. Se ofrecen á la admiración esos inmensos bosques vírgenes, donde se agrupan á porfía, en espesuras impenetrables, palmeras, seútiles y otras cien especies de árboles reunidos y enlazados por una caterva de plantas sarmentosas y trepadoras. En término primero alcánzase á distinguir millares de hilos de plata en eses retorcidas ó prolongadas, formando un complicado venaje que brilla muy distante, por trechos interrumpido: son los ríos caudalosos que descienden, en plano inclinado, por entre las roturas del follaje y engruesan su solo tronco: éste que está ya debajo es el Negro, los otros el Caquetá y Putumayo con sus respectivas colinas y contrafuertes, por entre cuyas grietas pacen el hi-

dróquero [22] y los priodontes [23] con fajas y placas demato-esqueléticas.

Recapacidad cómo á orillas del lago Guambeno, lleno de patos, y de los ríos Aguarico y Coca están gozando de la exuberancia de su vida privilegiada la danta, el tapiro [24], el vigoroso jabalí [sus Scrofa], con las lamas, armadillos, alpacas [anchenia Paco], los monos de cola prehensil y el acclonte manchado [leopardus Pictus]. Seguidnos hasta donde nos comporte el pensamiento: las aves de mil colores, ni que fuesen de metal, brillan con plumaje espléndido. Rastreémosles la pista un momento, si alcanzamos, á esos lindos alados cohabitantes: la pava real nos hace oír su lejano gemido; el ramfocelo [25] gorjea con delirio; los gallos de la peña, chagüies, cotingas, brujos, ollereros, cucubes, tordos y los caciques moñudos [26], hánse aposentado retozones y alegres para ser vestidos aquí por la Providencia, á las faldas del Uma y del Jucumbi-Urcu; pues no envano acaricia á todas las criaturas menores hermanas nuestras: á unos lo hace con escarlata pura, á otros pone traje austero de terciopelo negro bordado con oro; á éstas envuelve el arco-íris en su cuerpo, á ésas collar de zafiros al cuello; prende topacios y rubíes encendidos en la crestilla de la cabeza á cuales, esmeraldas relucientes en el pecho á tales; rocía con purpurinas á las de acá en el ala, á las de allá en la cola: y así son la vehementemente variedad y el arte criadores que la inteligencia se halla en apreturas: su incesante armonía es la música del paraíso. Tal es la Patria en que nacimos.

Presto nos encontramos en presencia del más espléndido diorama de montañas que la mirada puede abarcar de un solo golpe. Toda la cordillera oriental se desarrolla con sus picos, volcanes y neveras; su perfil todo él dentado y almenado desde el Sangay y el Altar, hasta el Cayambe é Imbabura. ¡Qué espectáculo!

¿Divisáis, después del río Payamino, á los indios en S. José de Mote? Quiera que nó son nuestros compatriotas los anguteros y cuiyacus: no usan jerguescos y ahí figuran con plumas en su larga cabellera y rayas de colores

(22) hydrocherus Capybara. (23) priodonts Giganteus. (24) tapirus Americanus. (25) rhamphocelus Brasilianus. (26) cassicus Cristatus.

en su cara de cobre obscuro, tocando el *tundulí* y la zampona en plácida barahunda. Los *hydropsalis forcipata*, los arapongas [27] y la harpía feroz [*harpyia Destructor*] con copete desgredado, son grandes aves y notables si las veis. Entre ellas anda el hormiguero de crin [*myrmecophaga Jubata*] el cual es un cuadrúpedo monstruoso que parece llevar una carga de paja.

Montañas ásperas, sierras al cielo, forman, ya aquí, ya acullá, figuras de refinado azucar por sus nevados, de donde baja el río Suno; barrancos y derrumbaderos sin salida, valles, cañadas, colinas alegres al abismo, ejecutan prados floridos, los cuales contienen gran copia de cabezas de ganado y todos los toques de hermosura conque la seductora Patria cautiva á los hijos de sus entrañas. La llovizna está cerniéndose sobre los páramos, como una red de plúmbeas cintas hasta el suelo, y descomponiendo la luz en dos arco-iris concéntricos; pasamos por encima de ellos. Los Andes forman anfiteatros inmensos como los de la Luna, ovalados ó circulares de nudo á nudo: artesonados soberbios, pórticos magníficos, desgajones estupendos les constituyen. ¡Nunca contemplamos terreno tan frucido!

No tan solo distinguimos muchas y apiñadas aldehuelas: Yaruquí, Puembo &c, si que también de lejos, las verdes colinas de Guanguiltagua y Uyalá, cuyos bordes forman la ladera de uno á modo de crater desbordado de un volcán, dentro del cual está Guápulo arrinconado en una grada, y las cercas cuadriláteras de los suburbios de nuestra linda ciudad altísima capital del Ecuador, frescas y donosas entre dos gruesas ataduras de la cordillera: el Tiopullo y el Mojanda. ¡Oh! ahora es cuando vamos á conocerla en pleno día. Y antes de que os entre el desaliento os advertimos que vamos á pasar de largo, continuando la rapidez de la incursión, pues no hemos dado, por nuestra parte, sino media vuelta 180° , se han pasado solo doce horas, nos falta la otra mitad para propósito de completar el círculo; porque á la vuelta entera que demos, habremos contemplado de día lo que vimos de noche, y de noche lo que vemos de día: tan es así, que aún no hemos caminado sino 20.000 kilómetros ó la mitad del perímetro del globo que tiene

[27] *Chasmarhynchus*.

40.000 kilómetros y ya lo conocemos entero; pero sabemos que los otros 20.000 los ha recorrido el mismo mundo en su girada hacia el Este: tal es la razón. Así que el lugar absoluto que ocupamos es aquel en el cual estaban los antípodas al momento de principiar nuestra empresa. Además, lo que dijimos arriba es abajo, y lo que dijimos abajo está arriba, como el Sol que solo ha descrito una semicircunferencia: en fin, ya no hay ni arriba ni abajo tal cual teóricamente lo supimos, dichas palabras se desvanecieron al separarnos del suelo con otras muchas ante el Universo indefinido; al centro de la Tierra lo hemos gustado siempre debajo, y si lo que le cubre ha sido el hito de nuestra perspicacia, á él es al que cuadra llamarle abajo por ser más inmediato.

La Luna se encuentra en el nadir. Son las 12 del día 10 de Agosto. Pero, cómo decimos que es 10 de Agosto! si hemos venido con el tiempo para atrás ¿debemos estar al comenzar del 9? Ya lo veremos.

Considerad cuanto es hermosa esta jornada, cuanto es risueño haber venido á encontrar á Quito en este sitio! ¡Qué aspecto tan diferente nos presenta de día de cómo la vimos de noche! Un ruido llega apenas á la altura, confuso, vago, fantástico: nos esperan algunos curiosos ó es que festejan esta fecha? Se oyen remotamente cañonazos, repiques de campanas, bandas de música; una voz compuesta de mil voces, una zambra compuesta de mil zambras: es la más grande población de cuantas hemos echado catadura. Engalanada toda ella con banderas, los balcones figuran centenares de puntos en cada fachada; por sus calles se ve en paseo á los ejércitos. Nos ha entrado como de molde otro caracter, ó no nos explicamos; pues nos son extraños estos sitios que nos fueron familiares!

Reververantes los tejados de la capital, al pie del Panecillo cuya cima tiene la forma de un semicírculo, límitese con la mañana y la tarde, se retira prontamente; miramos ya las pequeñas casuchas indianas de Lloa al Mediodía, al Setentrion las arenosas lederas del crater del Pichincha, sus crestas anidaderos del condor [vultur Gryphus]. Trasmontamos por segunda vez la cordillera occidental y vivamente nos asaltan las primeras sensaciones, cuando subimos á las 12 de la noche.

Apenas reparamos en aquella celeridad con la cual el Antisana, el Ilinisa, el Cotopaxi, apesar de los reñidos combates contra ellos empeñados por las nubes, á lo lejos prevalecen, cual andantes colosos, untados de plata. Marras há se perdió Quito! . . . Después de precipicios y pendientes escabrosas, propio costillar enmarañado, se nos revelan las espesas montañas del Occidente, donde, cual puntos en relieve, las palmeras remedan las motillas de una alfombra: allí se deja oír con bramido espantable el jaguar [28], tigre el más fiero y temible; el león americano (29) va lamiéndose las fauces con su lengua encendida; los tigrillos (*felis Pardalis*, *Tigrina*, *Macroura*) disputando están las presas á los zorros (*canis Azarae*). Los bosques frondosos, las selvas primevas ó vírgenes se gallardean con clusiaccas y grotescas aroides; cual el plátano (30), tal los helechos de elegante follaje poseen rica vegetación, donde gorjean mil aves canoras, con visos metálicos en su plumaje espléndido, encantador.

En tanto que los dilatados campos de esta fértil provincia vuelan en un pienso, el Toache viene por ella desenvolviéndose en grandiosas vueltas y embelesa con sus cercanos relumbrones. Manabí desfila; no existen cordilleras altas: prominencias insignificantes, anchas lomas, altiplanicies ó achos de color ocre engendran una meseta suavemente inclinada, donde los ríos han hecho incisiones y excavado valles por la erosión continua, y donde el silbato de la locomotora y el rodaje de los trenes proclaman el trajín del mundo, dejando marcadas huellas, verdaderas vías de ceniza. (*) Y dale! . . . otra vez la bullanga del Océano: hemos quedado peritos en esto de catar sonidos.

Muy bajas siguen otras grandes llanuras, rompidas, de trecho en trecho, por multitud de riachuelos en la mar desaguadores, cubiertas con selvas húmedas llenas de lagartos ansibios: tales son las montañas de Jama cebadas por el cacao (31), la palma real (32), el cadi (33), el mangle (34) y la aromática vainilla. Al paso que más allá la costa se nos manifiesta estéril, en posición cortada, en este trayecto su

(*) Se hace referencia al proyectado ferrocarril de Bahía.

(28) *felis Onca*. (29) *felis Concolor*. (30) *musa Paradisiaca*. (31) *theobroma Cacao*. (32) *cocos Butyracea*. (33) *phitelephas Macrocarpa*. (34) *Rhizophora*.

orla se halla virada al Noreste; salimos por la punta Venado y nos engolfamos sobre las ondas! ¡Cuán distinto nos pareció por la noche, si creemos que nunca hemos visto! Reparad en los palacios livianos que vienen arfando, con aqueosos payasos pululantes en su inmediación: son dos grandes navíos caleteros de chimencas humívdmas acompañados por los bufos (35), que dan en qué divertirse á los pasajeros con sus asaz curiosas chapuzadas.

Se piensa oír un concierto de arpas de efecto melancólico: ese plañido raro proviene de las jarcias y de los estays de los buques que silban mejor que hojas de papel con los vientos, y los pitos de vapor.

¿Qué agrupación es aquella de rocas basálticas? Vamos de arribada al archipiélago de Galápagos; la gran corriente peruana de agua fría, muy fuerte, se distingue entre ellas en forma de remolinos, arrastrando muchos albatros (36), varios pingouines (37) y demás aves procedentes del cabo de Hornos. ¿Y esos animales que emergen en las mansas bahías occidentales cómo se llaman? Son lobos marinos (*otaria Jubata*) y gigantescas tortugas de mar (*chelonía Mydas*), mayores que aquellas que de entre los enormes pedrones del pavimento se asoman y mueven sus miembros deformes con flemma lastimosa. La vegetación arbórea no puede por menos sino estar así blanquizca ó cenicienta, cual árboles de plata que sacuden sus guedejas sedosas, con hojas sin substancia, escasas y menudas; pues el algarrobo (38), y el palo santo (39) de cuyas ramas cuelgan las largas barbas de la usnea, viven con el aliento del Océano clavados en las rajaduras de aquellos centenares de fraguas ciclópicas, durante el día caldeadas como un horno; solo se hallan confundidos con el verdor oceánico la orchilla (40) y tal cual tronco corpulento de un espino (41) ó de una tuna (42), con uno que otro mechón de paja.

Acabamos de cruzar por la mitad de la isla Santiago (James), y á poco por sobre el crater de Isabela (Albemarle), cuyas condiciones orográficas revelan haberse

[35] *delphinus Delphis*. [36] *diomedea Chlororhynchus*. [37] *aptenodytes* espec.
[38] *prosopía florida*. [39] *terebinthacea*. [40] *Roccella*. [41] *cereus*. *Septium*.
[42] *opuncia*.

formado de tres islas, y á la postre, por el norte de Fernandina (Narborouch). Al retirarse se achican esos picos grotescos, agujas, contornos afilados y demás formas fantásticas de los bordes cratéricos, cuya disposición flamante da el aspecto de una epidermis con huellas de la viruela: es la mejor imagen que se ofrece para cuando estudiemos las montañas de la Luna.

Nos cernimos hace algún rato sobre el desierto líquido, cuyas olas y sus puntas retratan una vasta red de crestas blancas, como la nieve, que el viento las arrolla. Son las 11. Pasan densas y anubladas brúmas. Por jaque que se haya hecho el cuerpo, se despeluzo; os noto los ojos inyectados en sangre, la mirada extraviada, porque lo que pisamos no es sólido? caéis? os hundís? vais á ser ahogados en esas espumas aterrantes, batidas sin tregua y azotadas por el huracán? No hayais temor, y disimulando tales desmañas quedad á nosotros: la dirección que traemos es perfectamente de Este á Oeste á igual altura. Pero ahora nos impresiona el mundo, exactísimo á una pompa de agua de jabón, de magnitud imponderable, suspendida en el espacio; y es que habiéndole visto dar uno de sus revolcones de costumbre, nos hacemos cargo mejor de que se sostiene en medio del vacío del Universo. Parece que hubiésemos torcido el derrotero y nos aventuramos quien sabe á donde, porque son sucesos nuevos! Es que la vez precedente transitamos entre las sombras, á media luz; recién ahora vemos de día el fabuloso, insigne mareaje que traemos, y estamos como si registrado hubiéramos un sinnúmero de vistas iluminadas de esteroscopio, de una variedad interminable, y se suceden con tal engace que es un gusto; pues todos los millones de millares de vistas imaginables, el mundo les contiene.

Mirad si es cosa de prez, aquí debajo, cuán inmensas las olas aparecen, y á medida que se alejan en la circunferencia alta y remota de esta aglobación acuosa, se borran hasta no dar indicio sino de una faja brillante é indecisa en el horizonte; los celajes esparcidos hubiéramos de tomarles por ligeras tiras de algodón cardado, si no recibieran los embates del viento que las mezcla y desvanece. Las boyas que anoche refulgían, rebalsan aquí y acullá como barriles llevados fortuitamente: unas veces se pierden entre las series de escarpas de agua, otras se clavan en nervaduras oji-

vales, y así las ondas forman figuras tan graciosas que parecen bocas de albañales al borde de una acera; delante se pierden en cruceros luminosos, atrás se rebajan en arcos opacos; correteando dibujan toda una geometría plana, triángulos, cuadriláteros, rombos, polígonos, y por cualquiera parte lenguas que cantan en coro con movimiento perpetuo. No hay á qué apelar para el gobierno de la expedición aérea en este caso; el medio hemisferio celeste, sobre nuestras cabezas, se está echado con todas las estrellas apagadas por la lumbrera del día. Confesemos francamente que nos hace falta una brújula, y que es más fácil navegar de noche. ¿A qué nos atenemos? Pues simplemente á cuidar que el movimiento de rotación no forme ángulo, ni poco ni mucho, con el nuestro, sino que sean completamente opuestos una vez que son muy palpables.

Ni una isla, ni una ave que entretenga la fatigada imaginación! Son las 10. . . . Por ver de disipar el marco escuchadme: el zoófito habitante inmovil de estos mares ha formado, con la acumulación de sus despojos, espaciosos recintos de rocas calcáreas al contorno del banco que les vió nacer; las aguas, los vientos, las aves hánles cubierto de una capa de humus vegetal, y la palma orgullosa ostenta su copa entre las plantas y yerbas que adornan los sitios agrestes de nuevas islas. Los infusorios del coral son los fabricantes, los constantes trabajadores, los que han construido la isla de Clermont-Tonnerre, los Attoles y varias parecidas á las que en seguida deben manifestársenos: 47 millones de estos infusorios pesan un grano! y sin embargo, con las sales marinas que absorben, con los elementos sólidos del agua que se asimilan, esos animáculos producen el calcáreo, y el calcáreo forma guapas substrucciones submarinas, cuya dureza y solidez no son inferiores á las del granito.

Prestad ya complacencia á esos remotos buques solícitos en la pesca de ballena [43]; cómo la tripulación acomete y menudea mandobles, revoces y tajos con los harpones contra el cetáceo, ni que fuesen llovidos; cómo se defienden de los surtidores de agua por éste arrojada. ¡Qué

[43] balanca Antártica.

conflictos se manifiesta!; cómo se desflechan agrandándose en conjunto, para volverse á achicar con la distancia!

Por ahí vienen dos térreas isletas, andando veloces y uniformes al ras del líquido batiente: son desolado refugio de algunas aves acuáticas. Su suelo arenoso, remellado, mezclado de piedras, desprovisto de vegetación; suelo, sí ¡cosa rara! desigual, accidentado, acribillado de hendiduras, de cuyos agujeros se escapan á cada instante pájaros corpulentos de pesado vuelo huyendo de todas direcciones, da albergue á otros más ágiles que, encumbrados por bandadas, se luden junto á nosotros.

Commemorad, ruégoos; unos son los términos inciertos conque á la luz de las antorchas "Etna" hicimos aquí la primera visita, y otra la traza conque los objetos á la luz del Sol se ostentan. Todos los barcos se han ido, y este sitio puede llamarse inhabitado, si gustais. La lantana, la *euphrobia latazi*, son dos de sus pocos vegetales. Las fragatas [44], las gaviotas ó paviotas [45] palmípedas agudamente silbadoras, luchan con el ruido de las olas al choque de las rompientes. ¿Necesitáis que os diga el nombre de los islotes? Por cuanto anoche supísteis que era Jarvis la primera, es Broke la segunda, antes de ahora desconocida. Habéisos olvidado? Broke hace figura de paredes de cal y canto á sus balustradas de arcilla sobre largas vetas de carmín, donde prevalecen imprimidos á lo exterior los minerales de fierro en mezcolanza excepcional, mientras del lado opuesto cunde en atascaderos. Por sus cercanías pasamos á las 9 horas 12 minutos de la mañana.

Tampoco conocemos la isla próxima de Nantucket, distribuida de médanos de arena y peñascos de todo linaje, canteras y cascos rodados.

El Sol ha bajado para el Oriente y nos ha acostumbrado á la retrogradación de horas. El aleteo de los apteryx australes y los anchingas plotus nos hace creer que son ángeles guardianes de ese malecón. En fin, hemos salvado la Polinesia; las brisas marítimas refrescan el ardor de la atmósfera, mientras las pacíficas ondas son surcadas por ligeras piraguas al impulso de negros pilotos, ostentosos

[44] *tachypetes Aquila*. [45] *Iarus Argentatus*.

de su destreza en nadar y pescar truchas y lindos peces. De un solo empuje sacan la red del atolladero, y al animal que escaparse quiere de ellos, catad cómo le acometen á garrotazo limpio, pues armados de nudosas porras, desnudos, con los vestidos en lío sobre la cabeza, blanden la maza con donaire: sus ojos son grandes y blancos, la boca belfa de labios colorados, la nariz chata y la piel retinta.

El Océano charla de por vida y sigue inundando todas las rogiões.

Allá viene otra sucesión de andantes: es el archipiélago de Gilberto. El terreno roqueño de sus riberas contiene un enjambre de aves acuáticas, de una blancura reververante, que se han asentado por centenares de miles en ciertos parajes, como uniforme capa de hielo; al cabo de un instante se levantan, se separan en el aire en numerosos copos y velan la luz del terrado. Los alcatraces de robusto pico y los curucúes con patas emplumadas picotean los fabucos aromáticos de los enebros; una casi llamada de clarines resuena en la enramada, singular es y sonora tocata producida por las gallináceas de las islas [codornices, perdices, tetras E. U.]. Líneas de rocas, de las cuales solo se ven las cabezas resbaladizas azotadas por las olas, dunas erizadas de cardos, vastas regiones arenosas ofrecen el aspecto bastante abrupto con pinos que, entre los gujarros, dejan de medrar con los vientos; troncos roídos por el tiempo, cubiertos de leña mineralizada, vese en estas playas; en ésas, denso velloncillo de yerbas, fucus y algas cubriendo la ribera. Las gamuzas, las cabras monteses ó berracos desfilan por el rizo del monte. El cabiay, cuadrúpedo semejante al cerdo, del orden de los roedores, tiene recio pelaje, poco tupido, gris negruzco.

Y pasa el mundo como si fuera elástico; cuando asoman los objetos casi apagados, superiores en lontananza, son lentos y pausados; cuando están debajo su rapidez es vertiginosa y describen líneas paralelas; cuando se retiran vuelven sobre sus pasos, cada vez más lentos, hasta confundirse con la indecisa huella del horizonte.

Se nos enrostran otras islas más elevadas: las de Pleasant con sus altísimos picachos de granito que avanzan audaces por el aire; sus praderas, desprovistas de árboles, se hallan bañadas aún por los resplandores del astro

lucidario sin acción calorífica ya, á cuyos rayos acuden los cuervos, becacinas, abutardas y kanguros, bien así como los monotremos, falangeros, gervos (46), el equidne y el ornitorinco (47).

Tenemos las 8, con diez y seis horas de exploración. El mar se halla en conversación con el silencio, forma una sábana serena, azulina. Apesar de tanta rapidez hemos recorrido apenas la Micronesia ¡descomunal inmensidad! son tan abundantes, tan indecibles las longitudes y duración de los panoramas con todo eso!

En rasgos sombríos con lineamentos austeros, contra un cielo fosco de fuego, se diseña algo como cordilleras en lo más remontado de la húmeda extensión. Vamos pasando un trayecto de agua en calma chicha y aparece la isla Matías, donde los añosos pinos dan ricas piñas con piñones y almendra muy estimada; fecundos cañaverales, abetos frondosos acarician á mucha gente de pluma de la familia de los faisanes: son tragopanas exornadas con un colgante carnoso y dos cuernecillos plantados hacia atrás de sus sienas, de color encarnado punteado de blanco. Por las márgenes orientales, escarpadas, peñascosas, repletas de arrecifes y casi inaccesibles, ved como se asolean, al par de ruines culebras, grupos de feas y extrañas iguanas acuáticas, y pelotones de ligmetos náxicos [48], pájaros de pico corvo.

Se le vienen en pos las 25 islas del Almirantazgo, diseminadas cual largas cadenas de otros tantos sistemas de montañas sumergidas. No parece sinó que una almáciga de volcanes, demonios encendidos, están yertos bajo el frío elemento, reconvenidos, condenados á la impotencia. Allí se arrastra el peor monstruo: el moloch hórrido, con cuernos en todo el cuerpo.

Observando ya de lejos, aun cuando huyen á trompicones más de 2.000 cráteres volcánicos de toba acumulados allí y acullá, surgentes á muchos cientos de metros, se ve que han embarrado y negrecido las laderas, en rededor suyo, con anchas y largas fajas de corriente de magma, cuyas quemadas rocas ruedan hasta la playa. Ante este piélagos

(46) *haltonys Aegyptiacus*. (47) *ornithorhynchus Paradoxus*. (48) *licmetis Nasicus*.

innumerable se nos antoja asistir á una escena diluviana! No fué extraño tal suceso, si somos hoy mismo testigos del diluvio que todo lo cubre y transforma con espesísimas capas de sedimento. ¿Nuestra estancia no es un globo de agua? De los terruños insulares que hemos visto, muchos se están hundiendo mientras otros salen del abismo submarino; y las montañuelas minúsculas son gotillas salidas de la mar de fuego, cuyas oleadas dieron nacimiento á las grandes cordilleras. Los continentes, los seres mismos se modifican, pues tienen un solo origen, en distintos elementos educados; echad de ver sinó por allá á la foca de trompa, no es otro que el elefante marino: todos son vivientes, los náufragos salvados en las alturas, sus intermediarios los anfibios y los millones que yacen sumergidos sin peligro. Misory [Mispalu] se desliza al lado de una gran ceja de tierra, llevándose al papuan [49], al loforino magnífico [50] con túnica negrovioleta abrochada con botones de oro, y al epímaco [51] á quien debemos dispensar valía.

¿No distinguís ese litoral torcido, con muchos recortes, muy al norte del cual pasamos? Anoche poco hubimos reparado: es la Papuasía [Nueva Guinea] patria de los antropófagos, á cuya costumbre el progreso tiene señalado algún día de exterminio, y donde los cerdos y perros hambrientos se hallan por millares. Mas, aquí ha habido otra isla, la de Solwatty: su propia figura, truncada en su vértice con una dentadura y agujas de piedra viva, se retrata en los espejos cristalinos. Esa voz ronca y fuerte es del ave roja del paraíso [52] con un gorro negro en la cabeza y cola abundante, rarísima; loros-piones y cotorras de plumaje matizado por los siete colores del espectro, atraviesan la atmósfera con graznido colectivo que asordan las islas; rascones de las damas [53], de un verde brillante tras corona encarnada, se ven allí como al través de un prisma, y revolotean acompañándose de una gritería deveras imponderable. El cacao [54], las especias, el añil [Indigófera] y variedad de palmas de cocos [Butiracea, Iriarteá], más otras plantas en apiñadas agrupaciones forman circuitos que son alcázares de las razas haráforas y malayas.

Estamos en Waigiu á las 7 de la mañana.

(49) paradisea Papuana. (50) loforina Superba. (51) epímacus Magnus.
(52) paradisea Rubra. (53) lorius Damie-Ha. (54) Theobroma.

Las olas decaídas con la marejada, la niebla esparcida en gruesas volutas de vermellón, se mueven lentamente. Luego se ve descollar en el horizonte una nueva silueta violada, semiencendida y lejana: es el sombrío volcán de Ternate en forma de anfiteatro, en las Molucas, dominando sobre la fértil llanura, producida por las lavas y cenizas. A sus faldas la ciudad capital tiene un color cinéreo; sin duda permanecen sus techos con uniforme capa de tierra, depositada sólo para el Poniente. Nos conmueve el recuerdo de la erupción vespertina que presenciamos, pues bien sabemos que el pregón nocturno que nos dió, puso terror y espanto en todos nosotros; mas, no ha causado estragos: una soberbia, rápida vegetación, guarneciendo, con la perenne verdura del clavero, á las mirísticas de nuez moscada, brilla al lado de los montones de piedras y escorias todavía con fumarolas, donde se revuelcan los galeopitecos, grandes forajidos con telas que unen sus cuatro patas.

El litoral parece componerse de una playa de arena sembrada de rocas negruzcas, desgarradas y superpuestas; en segundo término se destaca un muro granítico á pico, coronado por una caprichosa arista á una altura horrenda. Las otras islas, allí se resbalan, ligeramente onduladas presentan aspectos variados: se perfila una en longitud seguida y tiene un brusco remate en escuadra, formado por un trozo cortado como por mano artista; la de la izquierda, por el contrario, con aquella especie de derrumbadero irregular, desmenuzado en cascos prismáticos, compuestos de rocas aglomeradas y de hundimientos parciales, baja por una cuesta larga que se confunde. Son soledades donde no hablan sino pocas gentes, los animales rariqueyas y talangistas ó el viento sobre el árbol. Este pasadizo del mar hierve á borbotones y se agita interiormente.

Llegamos á la isla Célebes, rica, por su irregularidad, en cabos, promontorios, bahías, ensenadas ó caletas: su área es alomada como la espalda de un monstruo de cola torcida y tres cabezas, en cuyo lomo anidan palomos con alas bronceadas y purpurina verde, negros y blancos cacatoes [55]; los bañadores, de la especie de los mancos, tie-

nen ese grito desagradable, análogo al rebuzno de un asno; otros son los ánares silvestres [56]. No dejéis desapercibidos aquellos graciosos brutos: los babiruzas.

Entre sus vegetales se distinguen el guarumo [57], el matapalo [58], y el palo de balsa [59]. El monte se compone de tres conos centrales; el primero, truncado, se halla sostenido por caprichosos contrafuertes ramificados como las uñas de una inmensa garra aplicada á la lumbre del agua. Los caseríos que longíncuos aparecen son de Bayoa y de Pajiri.

Atravesamos ya el estrecho de Macasar y principian las grandes terreras antipodales del Ecuador. La que nos preocupa es Borneo, la mayor de las islas por nosotros visitadas: el arroz, ñamés, betel, alcanfor, benjuí y ricas frutas la enriquecen. En el regazo de los cocoteros se ven lindas y modestas cabañas cubiertas con hojas de bavanero, donde el árbol del pan [60] y el guineo [61] ofrecen abundantes recursos á los moradores que á su sombra se entregan á diversiones y danzas. Suena en la floresta un singular concierto de voces discordantes: óyese sucesivamente cantos de volátiles, gritos de cuadrúpedos y una especie de claqueo que parece salir de los labios de algún indígena: son no mas los pájaros burlones y cantantes, llamados faisanes monteses de plumaje leonado pardo. Allí los originarios orangutanes, monos de dos metros de altura, andan como todos unos personajes. Así es, en los climas cálidos viven los organismos próximos al hombre, á la par que las especies notables por su talla ó elegancia de formas.

Por entre vistosas hayas seestean las ovejas apacibles; tórtolas gemebundas se han sepultado en la profundidad de los cérezos, y ruiseñores que de cada mirto festivos hacen una caja de música divina, armonizan con los arroyuelos vivaces que van saltando por los guijos de su lecho. Este cuasi continente por su corrugación incluye en sí esfinges mudas que han escupido al cielo azufre y alquitrán y les ha caído en la cara. Abundan en sus costas las conchas como faisanelas, terebrátulas, trigonias y depósitos ostráceos.

En los arrabales de Pontianak, los Dagakes indepen-

dientes suelen ser tumultuarios y guerreros. Cabalmente son aprestos bélicos los que tienen en esta madrugada, pues montan su paduacán de dos mástiles con cuatro cañones para resistir tocando á somatén á los piratas, proas audaces, terribles malhechores. Allá vienen éstos por aventuras, prófugos en sus grandes piraguas polinesias, izando bandera negra. ¡Que triunfen los buenos! Cruzamos el brazo de mar donde encontramos también la pequeña isla Lingea, cabe las playas del Siak en Sumatra, y persiste la marcha sin intermitencia á las 6 de la mañana.

Sabemos que los antípodas de Quito existen aquí, en el lugar mismo donde principió á iluminarse el orbe; ahora va á anoecer para nosotros, después de haberle gustado totalmente en pleno día. El enorme disco solar se mueve engrandecido á la espalda; en el horizonte del lado oriental va recién á hundirse á causa del alto puesto que ocupamos, y esmalta con puntos de oro y cobre las rugosidades prismáticas de las peñas negras, en las cuales sus rayos dibujan, de lado, rasgos de fuego semejando carbones encendidos con matices amarillentos, y trazando un largo festón de caprichosas piedras que afectan las formas más extrañas. Los chaparrales cuya flexible enramada se dobla, caen hasta el nivel de la corriente, y desde allí, en redaderas ó zarzas, por entre los troncos rotos en alzamiento, desaparecen por la espesura. Allí la vegetación de deodars, douglas y abetos; allí el arroz, bambús, naranjas; allí los eucaliptos, casuarinas, cedros australianos, revestidos de alto césped, nos les figuramos con un baño de oro. Desde allá adentro, tierra baja cubierta de palmeras y de arbustos que la agracian sobre modo, desde esos pérfidos arrecifes donde se estrellan las cristalinas ondas cubriéndose de espuma, va ascendiendo la ladera á rematar la cumbre de la cadena de cerros en dirección NO. á SE. con 10 volcanes ignívoros. Sumatra es el único lugar que nada ha variado visto en ambas veces, sólo sí que ahora el Sol está en el Oriente y la vez primera en el Occidente, pues las sombras de los picos se extienden para el lado opuesto. Adornadas sus faldas con sombríos bosques, mil riachuelos serpentean: su halagüeño susurro se une á los gorjeos de los volátiles que les pueblan; los casoares (aemeus) entre ellos, saludan al naciente geni-

tor del día. Difícil es dejar de creer que estamos anoche- ciendo, sin embargo, viajamos al despuntar la auro- ra matinal. El hipopótamo [62] de dos cuernos, uno de- lante de otro á lo largo del dorso de la nariz, está ya pa- ciendo con los tapiros [63] y varios rinocerontes [64] en el labio de los lagos Dano y Sinkara. Apenas la blanca au- rora ha dado lugar para que el luciente Sol, que tras las pantallas de las cordilleras se apaga, con el ardor de sus ca- lientes rayos las lánguidas perlas del rocío diamantino en- jugase, cuando se hunde él, se hunde! . . . se hundió . . . largas hebras de nube se tienden batidas en el aire, pinta- das como por una gorda brocha mojada en azarcón y eje- cutadas á brazo partido á lo largo del purísimo cielo violado.

Sobre las costas de la peste, pantanosas é insalubres de la isla que acaba de irse, oímos otra vez el mugido de las olas! Estamos encima del inmenso desierto de agua del océano Indico, á obscuras ya, tenebrosos con las som- bras de la alborada que nos envuelve. Todo es bruma en derredor; no distinguimos nada, sólo sí, tinieblas y mar in- tuenso cuyas olas se entrechocan con incomparable violen- cia. En nuestro tenaz y porfiado suponer ha cerrado la no- che: á la verdad despunta la mañana, pero con tanta rapidez que allá ya están fulgurando las estrellas; las que más es- centilan son Aldebarán, Rigel, las Pléyades y Canopo.

Hemos visto el mundo entero iluminado por un largo día, apesar de haber salido á las 12 de la noche en que se principió. Se han trascurrido 18 horas. ¿Qué hubiera sido si madrugábamos? Lo que habría sucedido es, que el Sol se hubiese escondido por donde precisamente estaba salien- do, antes de permitirnos contemplar nada; pues hubiera de dar el mundo, á obscuras, una vuelta entera aparente, y nosotros media, para venir á ver amanecer en Quito que en realidad sería en la tarde: después, la segunda vuelta aparente la habríamos hecho de día y regresado á aquella ciudad por la mañana. ¿Y si á las 6 de la noche em- prendiéramos el viaje? Al cabo de una vuelta que hubiése- mos dado nosotros, el planeta nos habrá parecido dar dos: la primera iluminada y la segunda en tinieblas. De don- de se colige que al salir en mediodía, la caminata es casi

[62] hippopotamus Bicornis. [63] tapirus Indicus. [64] rhinoceros Sumatran

análoga á la que hacemos, supuestas igual celeridad y dirección: en todos los casos susodichos retrograda el tiempo. Por el contrario, si el curso fuera seguido para el Oriente creyéramos que el globo no rota, porque en las 24 horas hubiéramos de permanecer en suspenso, siempre sobre Quito.

Como una lámpara tapada por una mano invisible mírase un resplandor al través de la neblina. Súbitamente nos hiere el lustre deslumbrador del fanal de las Maldivas á las 5 de la madrugada. ¡Esto es nuevo, nunca visto? Si será el que le equivocamos con campanario ayer! Sus focos se pintan en el aire como las aspas horizontales de un molino de viento; la irradiación de este centro luminoso, que ya pasa por debajo, es de rayos limpios y rectilíneos, quebrados solo en los ángulos y en todas las nervaduras de esas criptas; jamás presenciamos luz artificial más intensa ni que abarque tanta distancia. Del fondo cerúleo matizado de estrellas, se destaca un buque balanceándose magestuosamente al lúcido reflejo de sus manantiales de luz de arco voltaico, con cuyo favor y ayuda asoman gigantescas figuras de fantasmagoría; su brillo enciende las aristas del oleaje como si fuesen hebras de fuego, penetra su diáfano espesor, y cambia en otros tantos cabujones chispeantes las menores asperezas, diremos, de aquella superficie de vaivén maravilloso. Por causa de la reflexión, el agua produce diversos brillos, de tal modo que el navío, dejando una estela que bate el paletco de la hélice, hace saltar una verdadera lluvia de carbunclos y flota entre dos cielos centellantes, el uno que huye con premura, mientras el otro casi se está quedo. Despiertos están los grumetes, ellos vigilan, sus rumores responden á los ecos de la noche; pues por entre el chirrido de la máquina de vapor se oye que á bordo cantan, discuten ó ríen.

Brilla de súbito un fogonazo de luz rojiza y á poco se escucha el estampido de un cañón ¿talvez nos oyen pasar? nó; es contra los tifones del mar cuyas rupturas, como veís allí, se disuelven en ondas eléctricas, saltan y corren cual si fueran oro líquido ó ráfagas de llama que repasan ante nuestros ojos, y allá, en la atmósfera, forman arañas y candelabros de prismas rutilantes. Solo el genio de las hadas puede lanzar en el espacio semejantes turquíses, semejan-

Un pedregal animadas que asocian su apariencia con los métricos, afiligranados torsales: son chispazos tan egregios y complicados, mejores que las más guapas preseas. Pero se alejan estos únicos focos lucíparos; apenas, á semi luz, se distingue el tropel inmenso de oleadas, que, encimándose unas sobre otras, se adelantan en desatinada muchedumbre y dan trancadas descomunales; tras ellas se van á saltos otras garrafales que las empujan y las gritan desafortadamente con chacota sempiterna y ponen su voz, como el micro-fonógrafo, en lo alto de los cielos: es un séquito inacabable de carcajadas que recorren la escala musical de esta, la mejor de las óperas.

Un viento Sudeste cruza con extraordinaria violencia; la mar se queja á ratos, estrellándose consigo misma.

Y parece que el viento calma ó es el ruido que disminuye? Sin duda frisamos encima del África, hay tierra bajo nuestras huellas. No hay dudar en eso: son las 4. Nos restan otras cuatro horas de exploración. En efecto, se percibe el fúnebre gemir y el silencioso volar de algunas aves terrestres nictálopes ó nocturnas: deben de ser buhos [otus Brachiotos], mochuelos ó lechuzas [athenè Noctua] quienes echan esos gritos lamentables, pues ni poco ni mucho podemos ver la clase de fauna ó flora que la pueblan; pero ¿qué decimos! . . . ¿ya no conocemos todo esto? Hemos visto una corrida de los más variados cuadros en movimiento del mejor proyectoscopio. Ahora el mundo nos parece un vidrio opaco en forma de una gran patena boca-bajo; hay un resplandor fosforescente en la atmósfera contigua al suelo, que tanto más y mejor nos trasluce las lejanías, cuanto nos acostumbramos á la obscuridad. Han quedado atrás las pantanosas costas de Zanguebar; se levanta la solada á mayor altura porque los macizos elevados del Kenia y del Kilimadjar están situados en el revés occidental del talud, y todas las arterias riegan vertiendo sus aguas para ese lado. Esta es la central altillanura del continente, donde unos lagos están encajados entre escarpados bordes, y tan bien encuadrados en el fondo de un anfiteatro, que con razón no se acertaba con el origen del Nilo. Nace con los excesos de estos lagos, escapándose por una larga brecha por él trabajada en la roca; se precipita saltón y murmurante sobre las pendientes rápidas; diseña con su her-

mano el Congo, en la pradera, muchos y variados meandros. El siroco sopla aún llevando el lejano susurro de los bosques, por lo demás reina un profundo silencio: ó todos duermen bajo el imperio de un gran magnetizador ó es éste un desierto absoluto? . . . ¡reina la paz de los sepulcros! parece que han sido borrados de la Tierra todos los hombres, animales y plantas no de rancia memoria! ¡Quizás el orictéropo capense y el puerco espín [*hystrix cristata*] de largas puas, se hallan en andanzas nocturnas! Todo aquel espacio de las montañas es ocupado por la selva virgen, y éste, por inmensos arenales abollados de innumerables colinas, cuyas cimas y simas bajan y se levantan atravesadas aquí y allí por alzamientos de segundo orden, cuyos ramales artísticamente distribuidos se cruzan en cuantas son las direcciones.

Las estrellas encendidas en esa profunda pero amable lóbreguez, la Vía láctea inmensamente engrandecida y tal cual meteoro que se unta en la atmósfera, cansado de vagar errante y fugitivo, son los únicos caracteres luminosos de la poesía, con magnificencia sin igual, á esta hora de la noche. Es increíble el número de estrellas errantes observado desde nuestro observatorio aéreo; mas, recordemos que estos enjambres perseidas son comunes en el mes de Agosto, y que su punto de partida ó centro radiante, en esta fecha es Algol de Perseo. Se distingue hasta la estrella Polar. La luz zodiacal, por donde se perdió el astro rey, envuelve allá en lejanía imponderable á un pequeño cometa, cosa no muy rara.

No obstante, no nos sorprenderíamos si se preparase una tramontana del Oeste, pues contemplamos los crepones de la noche ir cubriendo el horizonte por ese lado. Una lluvia de serpientes de fuego se cruzan como una red, y cuyo sonido no alcanza á escucharse; densas las nubes, aglomerándose en todo el firmamento, no duermen tranquilas, cual de ordinario, sobre los páramos de los continentes, sino que han tenido una noche de insomnio ó pesadilla. ¿Creer talvez que les disputamos sus dominios, cuando así le ponen brumoso al cielo? ¡Qué transición tan rápida! no dejan filtrar ya resplandor ninguno de las estrellas, y al fin, desgarradas por el rayo se condensan en espantosos torrentes.

Son las 3, nos molimos! La invernada es ruda y pre-
voz; noramala nos vamos á engolfar por ahí, y á pisar al
propósito precisamente sobre el famoso Atlántico, en altas
horas de la noche; sus ecos hallan multiplicada resonancia
con estrépito espantoso, y le dan una sonoridad grandiosa;
la obscuridad es absoluta, sin que un solo rasgo de luz
viniera á surcar la sombra. Mar, cielo y tierra se confun-
den en igual intensidad de las tinieblas: bogamos en el
caos. Para peor principian á menudear los relámpagos
apagadizos, merced á cuya luz se observan aquellas enor-
mes masas de agua enroscándose como un condenado, es-
trellándose en decoración ante nuestros ojos, tras el telón
de tul y gaza que forma el aguacero. No podemos menos
de admirar el magnífico espectáculo de aquella furia impon-
derable del Océano ¡qué horror y miedo de caernos! Las
olas revientan y saltan en dorada espuma, cuyos salpicones
se elevan atrevidos. Oleadas enormes avanzan batiendo
en ruina los escollos, cual si volaran montañas rasgadas,
hechas pedazos, y volvieran á caer en el Atlántico ni si
fuesen fierros incandescentes: y son tumbos que asaltan con
tal furor que causan aterrador estrépito. Pulverizada la
lluvia por el huracán nos persigue á modo de harapos de
vapores; las corrientes aéreas se acechan unas á otras,
chocan entre sí, se precipitan, obrándolo todo con algazara
aquellas monstruosas masas. La arena alzada por ellas en
litoral lejano se mezcla con el aguacero en proceloso asalto,
y hay en el ambiente tanto polvo mineral como acuoso.
Montañas de agua furiosas se invaden. ¡Cuántos buques
estrellados contra las costas, cuyos nombres figurarán ma-
ñana por centenas! ¡Cuántos territorios nivelados por las
trombas que todo asuelan á su paso, y cuyos vapores pro-
yectados en el aire forman remolinos de inconmensurable
altura, cual si se hubiesen abierto derrepente las válvulas
de una caldera inmensa! Insólitos silbidos y chisporroteos
desgarran los aires y producen un ruido ronco, atronador.
¡Talvez entre ellos oímos los alaridos de algunos náufra-
gos sin que haya quién les valga? ¡Inaudito estridor! ¡Oh!
es más fiera cosa de ver, gesto horrible de la naturaleza
más espantable que el infierno.

Y cómo la noche anda muy avanzada, sin hacer un
ademán, sin pronunciar palabra, jadeantes, tenemos que

acabar de atravesar buenamente, contemplando con estupor la lucha de tres elementos: el aire, el agua, la electricidad! Ni el pincel de Urbino podría pintar un tal combate. El huracán prendido en ira muge con espantosa violencia; las aves aterrorizadas huyen y se topan contra nosotros; los truenos no dejan de rodar en las alturas, produciendo su tableteo en la atmósfera; las andanadas ó descargas cerradas de artillería de los buques que dan al traste con las trombas, ó cuando naufragan, nos asustan. Varias arremetidas de inmensas turbonadas amagan con sus crestas. No temáis. Ni la mar bravía que se yergue rugiendo en cólera sublime, ni el rayo desbastador que al través de nosotros cruza, matan ni ahogan el pensamiento jadeante!

Ya amaina la tempestad. Se nos pasó el mal rato en mortales angustias. Son tormentas frecuentes en este mes, próximo al equinoxio de Septiembre, asoladoras sobre todo en este infinito campo que ningún valladar opone á su ira. Además han coincidido ahora con la mareada viva de los zizigios que sigue en culminación retrasada, respecto al meridiano lunar. Son las 2 de la mañana.

Sobre las aguas fluctúa un casco de navío apenas visible por sus cuatro focos incandescentes de Edison, cuyo mecanismo permanece aún en acción, se conoce que el Océano, fecundo en desastres, aunque se ha tragado miles de personas, también á algunos marinos ha salvado: en medio de denso vaho mezclado de agua pulverizada, ahí se están desbaratando la destrozada arboladura, los maste- leros y cofas boyantes.

El cielo va despojándose definitivamente de las brumas, y allá, en lo más remoto á donde vamos, se ven tumbos de nubes perfilados con luz cobriza. Ah! . . . hermosura! Este momento la Luna aparece, ya alta, por entre aquel negro cortinaje del Occidente, concentrando una arborización de nubes franjeadas de contornos amarillos, en variadísimas figuras, en hacinamientos maravillosos. ¡Qué portentoso! ¡Decidme si no hay solaz para el pecho magnánimo! ¡Habéis admirado alguna vez semejante primor?

Sobre dos mostachos hechos como con tinta de china en su áureo núcleo, ella nos hierc con argentados rayos; su face anfievíta, diría un astrónomo, manifiesta haber au-

mentado, aproximándose al acrónico [*] Gracias á su fulgencia agonizante se distinguen, aunque difusos, los objetos, en mirándoles ya cerca.

Sucede que raudamente hemos pasado á la bonanza en una carretilla de acontecimientos, y la atmósfera purísima campea. Aspiremos, pues, á todo pulmón los efluvios que la madre de las sirenas hecha de sí, desahogado su rencor; quizás los perfumes balsámicos percibidos, los olores de salvia, ajeno y menta de la vecina selva del Brasil nos invistan del espíritu profético. Cobremos bríos por tanto; vamos á consumir la travesía del Atlántico y no volveremos jamás encima de sus olas.

Son los rayos de la Luna tan intensos que podemos reconocer, hacia el Sur, las llanuras cretosas, las serranías que forman este ángulo entrante de la costa, en cuyo vértice los ríos brasileños, conocidos ya, y sirviéndoles de adorno, cual arripietes de hilos de baba, van á reunirse al mayor de los ríos explorados, hasta perderse en la lumbre del Océano: al Amazonas. Dejamos atrás, muy á la izquierda, el cabo San Roque; pronto llegaremos al Ecuador decaído. ¿Nos faltarán 15 grados nomás hasta su capital? Pues nos faltan 30 grados que en nuestra caminata es, cabal, una hora.

El territorio americano se nos viene recién oblicuamente á nuestras plantas: estamos en salvo. ¡Qué cuadros de linterna mágica, ni qué fotografías luminosas pueden compararse con esta exhibición de maravillas del Supremo Artífice!

La reina de la noche encerrada por un bellissimo halo nos muestra sus manchas como sobre una carta; ha caminado 13° desde ayer, hallándose por consiguiente cerca de β de Capricornio. Las constelaciones que en antes vimos se han ocultado también por el Orto: éstas son otras, aquellas que lucen á Achernard, á Fohoman y á la nebulosa de Andrómeda; pero es el mismo hemisferio estrellado opuesto al genitor del día. Tenemos la una de la madrugada.

Parécenos divisar la exhuberancia de vegetación característica de esta comarca; mas, por entre los copudos

[*] Acrónico significa extremidad de la noche, y se da este nombre al plenilunio.

árboles se levantan, á toda lejanía, espesas columnas de humo inflamado que se tuercen y montan en espirales: es que los bosques arden quemados por los salvajes, en incendio atroz, donde relumbran millones de chispas, y en pocos instantes los átomos constitutivos de la fornida floresta han pasado al estado gaseiforme.

Toda esta llanura inferior está ya carbonizada, solo en el linde de la parte quemada se forma un larguísimo cordón de llamas, recogido como un río de fuego con toda clase de quingos, en el cual lugar se ven sus altísimas lenguas fogosas desprendiéndose del astrago ennegrecido, y sombras fugitivas de tropeles de azorados animales: allí hacen explosión ¡desventurados! algunos de ellos, cual si fueran granos de dinamita, ó bien es un succulento tronco de madera de hierro que estalla como una bomba y brilla cual un rubí. Las brasas en montoneras cuanto hay lo envuelven con pavesas, carbones humcantes y cenizas: á las crepitaciones que hacen la quemazón y el bramido de las bestias, se mezcla la feroz vocería de los estúpidos destructores ¡quién sabe los que sean! mas, en estos solares viven los cuiyacus y cofanes. ¡Hasta dónde se ha extendido el incendio! ¡Cuánto diéramos por hacer llover aquí toda el agua del globo!

Torbellinos de humo, de un rojo intenso por el reflejo, salpicados de haces luminosos, se arremolinan á borbotones, debajo de nosotros, mientras permanecen plácidas las alturas del firmamento. Solo de rato en rato el soplo de los vientos alisios desenturbia, diremos, la vista, limpia las cenizas de ese punto en que las hogueras están casi apagadas, aviva las fraguas encendidas y saca lampos de la brasa. ¡Pero cómo pasa todo!

Por un recuesto arriba descubrimos: acá, puentes arrojados de una á otra roca; allá, arcos dispuestos á modo de una nave invertida, cuya profundidad no alcanza la más penetrante mirada. Ya los ríos de la provincia oriental del Ecuador bulliciosos nos sorprenden, se abren paso por entre ruinosos peñascos, despedázanse en sus cauces y crujen en las entrañas de los montes. Oyacache se halla en la vertical y al frente se presenta el cerro de Puntas.

Coronamos á la postre la cima de la cordillera oriental andina, uno de los bordes del gran circo; parece que bajá-

ramos y es que ella sube á nosotros hasta 4,465 metros; su textura convulsionada indica de pronto una verdadera cristalización roqueña que escintila, como si hubiera caído un rocío de diamantes sobre negras pizarras. Es fácil informarse que se componen de pedernales de todas dimensiones y de todas formas: cilíndricos como torres, prismáticos como garitas, piramidales como obeliscos, cónicos como chimeneas de fábrica. Ni el basalto de las épocas geológicas, ni un banco de los mares polares ofrecieran una sublimidad tan amena! En un sitio, anchas excavaciones cuyas bóvedas presentan un aspecto monumental; en otro una cohorte de puntas y flechas cual nunca ha poseído catedral gótica alguna, con todos los caprichos más variados de la imaginación.

El magestuoso espectáculo de tantas y tan empinadas cumbres y ondas secas, entrelazadas por eslabones elípticos de rocas zahañeras; los nevados estupendos que han brotado, formando pirámides de porcelana para ser el estudio de los genios, y de mejor efecto que los cuadros de labor chilueca, embutidos unos en otros; el viento que frisa gimiendo entre la paja por aquellas breñas y mil requiebros de la solada, todas estas cosas manifiestan la simpatía con que nos llama nuestra Patria.

Baja la ladera, y, al atravesar el hondo valle de Tumbaco, fecundo en granjas y verjeles, nos figuramos volver á subir. Las playas areniscas, sin duda sembradas de obsidianas ó de pequeños cristales, arrojan golpes de luz. Pensamos ver ya al viejo Pichincha adormeciendo en su regazo á Quito, é inclinado en el Templo de Dios que siempre se halla con luminarias: el firmamento. Aquí se comprende cómo estas luminarias de estrellas pestañean ó se guiñan, comunicándose, con grande, fulgente intensidad, cualquier suceso de los hombres.

Aquel es sin duda el riachuelo Guambi, esotro el San Pedro, la lomita que vamos á pasar es la de Auqui, sobre los dos puentes de Guápulo. He aquí perfectamente á Quito en su alta meseta. ¡Qué aspecto tan diferente en todas tres ocasiones que la hemos visto! ¡Hasta los focos eléctricos se han apagado ya! Las casas y las torres parecen una bandada de garzas, profundamente dormidas en consorcio, á la luz de la Luna; muchas vi-

drieras reflejan su luz como si saliera de dentro de los aposentos. ¿Será la propia ciudad? Mirad sinó allí las calles, las plazas silenciosas de la encantada capital: solo el aullido del perro, el canto del gallo ó el murmurio de las chorreras corresponden á las caricias de la Luna, la cual ha pasado el zenit.

Son las 12 de la noche, principio del día civil 11 de Agosto! ¿Cómo se explica al fin que, habiendo venido con las horas para atrás, no estemos también en el 9 de Agosto y no en el 11? Es que solo la contramarcha la hemos hecho en nuestro itinerario de las 24 horas, que abarcan un espacio inmutable de tiempo, sea á la directa ó á la inversa considerando: por tanto, la duración del día es inmutable. Y sinó, manos á la obra, descendamos y encontraremos sin mudanza las cosas en el mundo. Detenéos! . . . nos dice una voz: soñará en nosotros la ingrata que cada cual amamos? Sus recuerdos inquietan la memoria; si sus ojos cuando se abren son más maliciosos y negros que la noche, ¿cómo serán ellos ahora cuando dormidas las preciosas pestañas caen?

Basta de afectos hermanos indiscretos en el amor, nos hemos recreado demasiado y debemos bajar. Desde aquí os soltamos y tras vosotros, perdida la vista, caímos, juntos como buenos aparceros, rodamos, no hallamos piso; nuestros cabellos están parados rectos sobre sus raíces, las narices de suyo comprimidas, los labios arqueados, en completa asfixia, seguimos cayendo, hasta qué horas? . . . ¡toma enamorados! el espacio es sin fin, profundamente tenebroso, el vértigo acomete y el vatacazo es seguro. . . . ¡plúm! nos rompimos en sendos añicos, ¡ánimo que todo es nada!

Señores, estamos apeados en la sede más infalible; os hemos hecho caminar en redondo los 360° del círculo completo sobre la Tierra, procurándoos los más puros y más nobles goces, habiendo visto pasar dos veces su corva superficie, una de día y otra de noche para todos los lugares. En las 6 primeras horas de viaje, contemplamos por la noche á medio mundo; en las 12 siguientes, de día, el mundo entero; y en las otras 6, otra vez de noche, el otro medio mundo, cuya suma dan las 24 horas y dos vueltas aparentes del globo en una sola verdadera, con otra aparente

del cielo. La trayectoria absoluta que hemos descrito, no es una circunferencia sino una espiral completa, debida al movimiento de traslación.

¡Así había sido el planeta terrestre, tan lleno de actividad, de vida y armonía! Pues ya veremos cómo serán los otros. Podéis dejaros entrar de rondón por las puertas del sueño. Buenas noches.

